BOLSILIBROS BRUGUERA

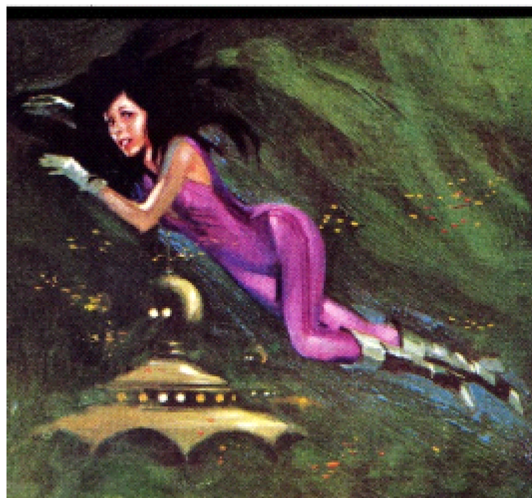
la conquista del ESPACIO

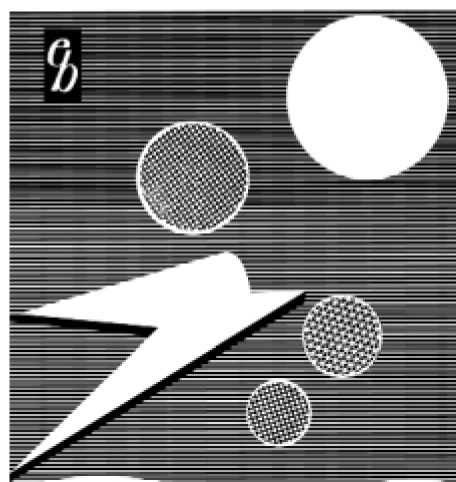
MONSTRUOS ROBOTS

j. chandley

CIENCIA FICCION




BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del
ESPACIO
MONSTRUOS
ROBOTS
j. chandley
CIENCIA FICCION


LA CONQUISTA DEL ESPACIO

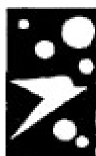
J. CHANDLEY

MONSTRUOS ROBOTS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.° 130 Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 17.834 - 1973 ISBN 84-0242525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora La Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

145 — Todos los rostros del pánico, *Curtis Garland.*

146 — Expedición a la vida, *Glenn Parrish.*

147 —Evasión del mundo del terror, *Curtis Garland.*

148 — Los desterrados, *Marcus Sidereo.*

149 — Guerrillero del espacio, *Ralph Barby*.

CAPITULO PRIMERO

Aquello ya pasaba de lo normal y la reiteración de los casos, hizo que el Departamento de Alta Seguridad tomara cartas en el asunto.

Un muchacho o muchacha, con un porcentaje mayor de éstas, cuya existencia normalmente era pacífica, de pronto, sin poderlo atribuir a antecedentes mentales, cambiaba su pacifismo por un estado neurótico criminal y atacaba a sus víctimas sin piedad.

También se sucedían actos de sabotaje, planeados de tal forma, que resultaba imposible dar con el autor o autores del hecho.

Referente a los jóvenes, primero se atribuyó a mutaciones recónditas de la mente humana, pero posteriormente se pudo comprobar que aquello se salía de la normalidad.

Por otra parte, a quienes se les encomendó trataran de aclarar aquello o habían sido víctimas de uno de aquellos seres alucinados o bien ellos mismos se convertían en protagonistas de hechos delictivos.

A Robert Gold, de reconocida experiencia en cuanto a desenmarañar los problemas más difíciles, le fue encomendada por sus superiores la misión de aclarar de una vez aquellas anormalidades que ponían en peligro la tranquilidad colectiva.

—Robert, tienes que solucionar esto. Dispón de los hombres y material que te haga falta, pero tienes que acabar con estas anormalidades. Ahí tienes la información que poseemos.

Estas fueron las palabras de su jefe.

Robert Gold leyó cuanto allí se decía, para luego manifestar:

—Bien poca cosa es.

—Lo sé, pero más vale algo que nada.

—El caso este que se reseña, ¿es el último?

—Eso parece.

—Pues encauzaré los primeros pasos por ahí para ver lo que puedo sacar en limpio.

—Lo dejo a tu entera libertad, pero te ruego que lo soluciones cuanto antes. De lo contrario me temo que el pánico se apoderará de todo el planeta.

—Pondré todo mi empeño en ello, aunque ya sabe que nadie es infalible.

Y tras estas palabras se despidió de su jefe para dedicarse al trabajo que le habían encomendado.

Lo primero que hizo fue investigar sobre la vida de aquella muchacha, muy agraciada, que había matado en un ataque de locura, según se especificaba en el informe policial, a su novio adscrito en uno de los Centros de Seguridad estatal.

La vida de aquella joven era ordenada, de ella nada tenían que decir y adoraba a su novio con el que iba a contraer matrimonio en fecha próxima. Este ser era su único afecto, puesto que era huérfana y sin parientes allegados.

Después de cometidas las fechorías, las personas que eran atrapadas quedaban desintegradas, sin que se supiera por qué procedimiento.

Por esta circunstancia la labor de investigación se veía entorpecida.

Lo único que sacó en limpio Robert, porque coincidía en otros casos, fue que la joven en cuestión era asidua de un club juvenil muy de actualidad.

Se personó allí. Aquello, en apariencia, era de lo más inofensivo. Jóvenes de ambos sexos, aunque predominaban chicas, en solitario o en compañía trataban de pasarlo distraído.

Solicitó que le sirvieran algo de beber y cuando estaba a mitad de ingerir el contenido del vaso, se le aproximó una chica muy agraciada en sus facciones y en el tipo.

—¡Hola...! Tú eres nuevo por aquí, ¿no?

—Pues... sí. ¿Cómo lo sabes?

—Soy asidua concurrente y me conozco a cuantos frecuentan el Steel Club.

Robert, para sus adentros, pensó que aquella joven podría proporcionarle información, por lo que trató de ser amable con ella.

—Sí, me encontraba un poco aburrido y al pasar por aquí, decidí entrar por si encontraba un poco de distracción.

—Has hecho bien. En este lugar siempre se suele pasar estupendamente.

—¿Quieres tomar algo?

—Lo mismo que tú.

Solicitó un nuevo servicio, pero por partida doble, y ya ambos, con los vasos en las manos, ella lo levantó ligeramente para decir a continuación:

—Por nuestro encuentro.

A lo que repuso él:

—Por una bella desconocida.

Sorbieron parte del líquido y ella manifestó:

—Me llamo Helen. ¿Y tú?

—Yo, Robert.

—Pues ya no somos tan desconocidos. ¿No te parece, Robert?

—Si lo juzgamos por conocer nuestros respectivos nombres, tienes razón.

—Bueno, chico, ¿qué te parece si bailamos un poco?

—Encantado. Ya te he dicho que estaba aburrido.

—Pues no perdamos más el tiempo.

Y con desenfado, cogiéndole de la mano y tirando de él, como si ya fueran viejos amigos, se lo llevó hacia donde danzaban las otras parejas.

Robert correspondió por entero a aquella familiaridad que le demostraba la joven.

La enlazó por la cintura y a poco parecía que más bien estaban fundidos en un eterno abrazo, que dedicados a prestar atención al ritmo.

—¿Sabes que me resultas muy simpática, Helen?

Ella, por toda respuesta, se apretujó más a él.

Robert pensó que aquella muchacha era una fresca, o una inconsciente. Trataría de averiguarlo y en el caso primero, procuraría sacar partido de la ocasión que se le brindaba.

En silencio continuaban la danza o lo que fuera. Lo cierto era que Robert sentía la anatomía de la joven en toda su plenitud y a ésta no parecía desagradar la fortaleza del hombre.

Ahora sus mejillas estaban juntas y unos tenues besos se cruzaron entre ellos.

Robert le preguntó:

—¿Hay aquí algún lugar más tranquilo?

La joven le miró de una forma picaresca y le contestó:

—Sí. Ven conmigo.

Se lo llevó hacia una puerta que dejó al descubierto un pasillo con sendas puertas a lo largo del mismo.

Empujó una de ellas y penetraron en una estancia completamente solitaria.

Ella, tras cerrar, le pasó los brazos por el cuello y le confesó abiertamente:

—Me gustas, Robert...

Y unió sus labios a los de él de forma desesperada.

Robert no tuvo más que rodearla con los suyos y las respiraciones de ambos se confundieron entrecortadas, sumidos en un mismo anhelo, enloquecedor.

Ella se contoneaba con suavidad y esto excitaba más al hombre, que acariciaba con sus manos a la joven que se le entregaba tan fácilmente.

Rodaron sobre un mullido y amplío sofá y el momento crucial parecía un hecho, cuando unos destellos brillantes dieron al traste la realización del acto.

Robert Gold se fijó en aquello que hirió sus retinas. No era, ni más ni menos, que un objetivo de gran luminosidad.

La reacción de él fue brusca. Se incorporó rápidamente y miró a la mujer con desprecio para preguntarle a continuación:

—¿Qué trampa es ésta...?

—No es ninguna trampa. Te quiero para mí y para nosotros.

—Pues no es éste el medio más adecuado de conseguirme al valerte de ardides que yo únicamente puedo calificar como procedentes de una...

—No es necesario que lo digas. Aunque me insultes, no lograrás mi desprecio.

Robert Gold, en su indignación, no paró cuenta en lo que anteriormente había dicho ella: "Te quiero para mí y para nosotros".

No obstante, refrenó su indignación e intuyó que de la poco escrupulosa Helen podía sacar algo que le sirviera de punto de partida para el esclarecimiento de la misión que le habían encomendado.

—Bueno, a fin de cuentas, no sé por qué he tenido que ponerme así...

Se sentó en el borde del sofá, de forma que aquel objetivo quedara a sus espaldas.

Si no se trataba de una máquina de filmar y sí de una fotográfica, si no había sido accionada, sería difícil ahora que captara su rostro.

—Eso está mejor...

Manifestó ella a tiempo que se mostraba mimosa en aquel improvisado lecho, con parte de muslos y senos al descubierto.

Le atrajo hacia ella y nuevamente el deseo hizo aparición en ellos para luego quedar en silencio la estancia.

Pero Robert Gold pudo darse cuenta de cómo Helen, con disimulo, presionó en dos o tres ocasiones en un punto determinado, sonando a continuación un tenue ¡clic!, que hubiera pasado inadvertido a cualquiera, y más en aquella situación.

—Ahora ya eres mío, querido...

Le manifestó cariñosa Helen, a un tiempo que se componía el ropaje y se alisaba la melena.

Robert la miró y creyó que se hallaba ante una enferma sexual que únicamente buscaba satisfacer su apetito.

Pero en contrapartida a ello, estaba el hecho real de la existencia de aquel objetivo y esto fue precisamente lo que le indujo a secundar los planes de la joven.

* * *

Quedaron en verse al día siguiente en el mismo Steel Club, al que acudió Robert con un plan preconcebido.

Al poco rato de estar allí, hizo acto de presencia Helen con una de sus mejores sonrisas y saludándole jovial:

—¡Hola, querido...! ¿Te he hecho esperar mucho rato...?

—No, Helen. Hace un momento que he llegado.

—Anda, ven conmigo.

Y cogiéndole por el brazo, se lo llevó hacia aquella puerta tras la cual se hallaba el pasillo con muchas más a ambos lados.

Robert Gold imaginó que iba a repetirse la escena del día anterior, pero sus pensamientos se vieron frustrados al observar que pasaban de largo la segunda puerta y se dirigían al fondo del pasillo.

Cuando ya estaban frente a la pared, ésta se hizo a un lado dejando al descubierto un hueco por el que se introdujeron.

Un ascensor. Descendieron por unos instantes, salieron del mismo para encontrarse con un nuevo pasillo y también con ambas puertas a los lados, que presentaban la particularidad de que eran de un material parecido al acero.

También, sin cruzar palabra, se dirigieron al fondo e igualmente se hizo un hueco que atravesaron para desembocar en una estancia.

Allí había una serie de aparatos electrónicos, algunos provistos de pantallas, archivos y una mesa en forma de luna en su cuarto menguante con pulsadores e indicadores.

Helen le señaló un asiento a tiempo que le decía:

—Ponte cómodo, querido.

Ella fue a ocupar el asiento vacío que había tras la mesa. La

posición en que estaba sentado Robert era bastante ladeada en relación a la que ocupaba Helen, ésta presionó un resorte y mesa y asiento giraron hacia la izquierda para quedar frente a él.

—Seguramente te extrañará el haberte traído aquí. ¿No es eso, Robert?

—Y tanto, como qué no salgo de mi asombro.

—Verás… Estamos faltos de gente joven y vigorosa de ambos sexos, sobre todo mujeres.

—¿Y qué tiene que ver esto conmigo?

—Pues mucho, porque reúne la condición principal. Te vi en el Steel Club, y me dije: Ahí tienes a tu hombre; fuerte, viril… Te confesaré que no me has decepcionado.

Iba a decirle que estaba en un error, que él no se doblegaba a aquellos papelitos, que tomaba y dejaba cuando se le antojaba, pero que jamás se obligaba.

Estos fueron sus pensamientos, pero no los exteriorizó, prefiriendo esperar a saber en qué iba a terminar todo aquello.

En vista de que él seguía en silencio, Helen pulsó un botón, al tiempo que le indicaba:

—Mira la pantalla primera, la de tu derecha.

Al instante se iluminó, apareciendo la sala del Steel Club concurrida por gente joven en los que predominaban las féminas.

—Todos los que ves son miembros del club, pero precisamos de gente inteligente y yo te ofrezco un puesto relevante.

—¿En qué y para qué?

—Verás… Estamos empeñados en la consecución de una meta… En fin, ponernos a la cabeza del progreso de otros planetas.

—¡Ya…! Muy interesante…

—El puesto que te ofrezco junto a mí, te proporcionará poder, riquezas, dominio… Ya verás, querido, cómo no te arrepentirás de haber aceptado.

—Todavía no he dicho que lo haga.

—Lo harás. Estoy segura.

—¿Por qué esa seguridad?

—Sencillamente, porque me gustas y yo sabré hacerte feliz.

—Me da la impresión que confías mucho en tu poder de seducción.

—En mí poder y en otras cosas que pueden doblegar tu voluntad.

—¿Por ejemplo...?

—Eso..., llegado el caso, ya lo sabrás.

—Pues lo siento, pero a mí no me doblega nadie.

—Robert, no quisiera tener que recurrir a ese extremo. Ya te he dicho que...

—Sí, que te gusto, que me darás poder y todo lo demás. Pero, ¿quién me garantiza a mí que esto sólo constituye un capricho pasajero?

—No lo es.

—¿Quieres decirme que no ha habido otros hombres en tu vida?

—Bueno, tanto como eso... Pero tú eres el único...

—¿Te has valido del mismo sistema con los demás?

El dardo pareció dar en la diana y le contestó airada:

—Por menos insolencia a alguien le ha costado...

—¿El qué?

Se dio cuenta de su precipitación y trató dé retirar velas, contestando:

—Nada, alguna bofetada.

Pero Robert Gold sospechó que tras sus palabras se ocultaba alguna maldad, así como aquel encubrimiento de ponerse a la cabeza de los planetas.

Decidió deponer su actitud y averiguar cuanto pudiera, por lo que manifestó:

—Bueno, si es eso... Un castigo de esa índole partiendo de una mujer como tú, casi se puede considerar una caricia.

Ella suspiró por el halago y dándolo por hecho, se levantó. Fue hacia donde estaba, se sentó en sus rodillas y luego de abrazarlo y darle un beso apasionado, le dijo:

—No te arrepentirás de haber aceptado. Juntos lograremos muchas cosas. Estamos al principio, hay que llevar una labor de captación entre la juventud. Necesitamos mucha gente, mucha...

Y le estuvo hablando mucho rato sobre proyectos, doctrinas que él pacientemente escuchó, sin dejar de pensar que todo ello le sabía a falsedad, a ocultamiento de algo raro.

CAPITULO II

Uno de los días en que fue a visitar a Helen en el Steel Club, hallándose en el pasillo de puertas aceradas que conducía a la estancia de mando de la muchacha, de una de aquellas puertas salían gritos de dolor, cuya voz era femenina.

Helen le había entregado un diminuto emisor de frecuencias que al accionarlo a una determinada, las puertas eran abiertas.

Tanteó aquélla por la que se filtraban los gritos. Estaba cerrada. Ensayó varias frecuencias y, por fin, dio con la apropiada.

Empujó la puerta lentamente. Los gritos se oían entonces con más claridad.

En aquella estancia no había nadie, más era una evidencia que los lamentos y gritos existían.

Decidió entrar.

Inspeccionó el recinto y guiándose por el oído, comprobó que procedían del suelo.

Se fijó bien y descubrió un cuadrado muy bien disimulado por el dibujo del mismo piso.

Tanteó por el espacio que comprendía la ranura, percibiendo que cedía al apoyar la mano en uno de sus ángulos.

Ante él quedó al descubierto una escalera por la que fue descendiendo cautelosamente hasta llegar a un descansillo donde cambiaba de dirección, para encontrarse de nuevo con otra puerta.

La empujó lentamente y lo que vio le dejó perplejo.

En una mesa redonda, maniatada en cruz de pies y manos, sujetada a unas argollas, estaba una joven completamente desnuda y sin sentido.

A su lado Helen, pero era otra Helen transfigurada por el furor y el placer sádico que mostraban sus facciones.

En su diestra blandía un látigo eléctrico que, sin lacerar la piel, producía, unas intensas y dolorosas descargas, sin llegar a ser

mortales.

También estaban allí tres muchachas más ataviadas con una indumentaria que cubrían lo indispensable, aunque su aspecto parecía un tanto hombruno.

Helen dijo a una de ellas:

—Reanimadla. Quiero verla sufrir más y con ello escarmentarla, para que sepa bien que cuando se encarga un servicio, se cumple en toda su extensión y sin faltar a nuestros principios.

Una de ellas se dirigió hacia la desvanecida y procedió a aplicarle unos masajes en la nuca e intermitentes presiones en el tórax.

A poco fue volviendo en sí la castigada, para balbucir:

—No... No más...

—Te he de escarmentar para siempre. Y da gracias que sea sólo esto... Te advertí que una orden lleva consigo su ineludible cumplimiento.

—Pero yo lo hice, sólo que salió mal y...

—¡Mientes!

Le gritó Helen, presa de gran furor, y acto seguido la fustigó de nuevo.

El corazón de Robert se encogió ante la fiereza de aquella mujer que utilizaba métodos ancestrales unidos a la nueva técnica.

Le vino a la mente aquella velada amenaza de recurrir a métodos extremos. ¿Sería esto a lo que se refería o más bien lo que pudo captar el objetivo?

Los gritos de aquella desdichada se dejaron oír de nuevo.

Helen prosiguió:

—Por tu culpa ha muerto Mónica y ha tenido que ser ella la ejecutora de tu enamorado galán. Pero te aseguro que la próxima vez, correrás la misma suerte que ella.

La torturada cesó en sus lamentos y sus ojos reflejaron terror, como si aquellas palabras constituyeran una sentencia que fuera a producirse inmediatamente.

Luego, la Helen de momentos antes desapareció para dulcificarse su expresión, recobrar su belleza y mostrarse más humana.

—Lo siento, Susan, tener que recurrir a estos extremos. Procurad hacerlo todo bien. No quiero perderos...

Su voz se estranguló al decir las últimas palabras, como si estuviera a punto de sollozar.

Después, dirigiéndose a las muchachas hombrunas, les manifestó:

—Soltadla y atendedla debidamente.

Dicho esto se encaminó hacia la puerta tras la cual se ocultaba Robert Gold, quien en dos zancadas subió los escalones, cerró la trampilla y salió al pasillo para dirigirse a la estancia de mando de Helen.

Estaba metido en un verdadero lío por lo que había presenciado y oído.

Pero no le dio tiempo para pensar debido a la presencia de la propia Helen.

—¡Hola, querido...! ¿Llevas mucho rato aquí?

—Termino de llegar y al no verte me disponía a marcharme.

—Pues ya no tienes que hacerlo, puesto que he venido.

Y dicho esto se abrazó mimosa a Robert.

Este, si no hubiera estado presenciando todo aquello y alguien se lo relatara, jamás daría crédito a sus palabras, puesto que aquella joven, tal como se mostraba en el momento, no podía concebirse, de ninguna de las maneras, que albergara tan ruines sentimientos.

Por el comportamiento de la muchacha, parecía que se iba á terminar en una repetición de la escena que se suscitó en su primer encuentro.

Pero sonó una señal e inmediatamente una de las pantallas se iluminó, para aparecer luego el rostro de dos muchachas, muy bellas por cierto.

Una voz, también femenina, se dejó oír:

—Helen, dos nuevas no pertenecientes al club. Me da la impresión de que están curioseando.

—Sírveles lo de costumbre y luego llévalas adonde sabes.

—De acuerdo.

Y dicho esto la imagen de la pantalla se extinguió.

Robert Gold fue mudo testigo de lo acontecido, y pensativo estaba contemplando a Helen, quien se había olvidado por completo de él para atender aquella llamada.

Por otra parte no se sorprendió de la presencia de aquellas jóvenes, puesto que pertenecían a su Departamento y estaban aleccionadas por él.

Robert, como quien resta importancia a la cosa, le preguntó con toda intención:

—¿Adonde las tienen que llevar?

—Al centro de captación.

—¿Para qué?

—Pues para saber sus intenciones.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Mucho.

Las contestaciones de Helen eran escuetas, sin deseos de proporcionarle información.

En vista de lo cual, él no quiso acosarla a más preguntas y le dijo:

—Bueno…, te voy a dejar. Veo que en estos momentos estás muy ocupada.

—Sí, en efecto, así es… Vuelve más tarde. ¿Quieres?

—De acuerdo.

Ella le ofreció los labios y él depositó un fugaz beso para luego salir de aquella estancia.

Pero cuando se encontró en el pasillo, se dirigió a aquella puerta a través de la cual escuchó los lamentos.

Se introdujo en la estancia, se ocultó y permaneció a la espera.

A poco oyó voces y risas de muchachas que se aproximaban y luego abrirse la puerta donde él estaba.

Tal como imaginó, se trataba de Ethel Anson y Eleonor Landis, dos bellezas en versión morena y rubia respectivamente, sobresaliendo la primera,

Se las notaba con una euforia fuera de lo corriente e iban acompañadas por dos muchachas más, para él desconocidas.

Esperó que se dirigieran a la trampilla del centro de aquella estancia, pero pasaron de largo para aproximarse a una especie de armario y desaparecer dentro del mismo.

Salió de su escondite, dirigiéndose a aquel lugar. Allí no se veía puerta alguna, y sin embargo, vio cómo penetraban las cuatro muchachas.

Tanteó las paredes, remiró, sin poder lograr el resultado apetecido.

Inesperadamente se sintió succionado por una potente corriente de aire y fue flotando por un túnel, dando tumbos, como si estuviera sometido a un estado de ingravidez.

Intentó asirse a cualquier saliente que se le presentaba, pero no había fuerza humana que resistiera aquella terrible succión.

No supo con exactitud el tiempo y el recorrido que hizo.

De lo único que estaba seguro es que iba impulsado a gran velocidad y que de súbito cesó aquella fuerza, yendo a caer sobre algo mullido.

Permaneció unos instantes quieto, tratando de rehacerse de aquel viaje inesperado, que le recordaba uno de los entrenamientos a que fue sometido para alcanzar la licencia de astronauta y capacitación para pilotar cualquier astronave.

Ya más tranquilo y habiéndose habituado a la oscuridad imperante, en la lejanía vio brillar un punto luminoso.

Fue palpando con las manos, llegando a la conclusión de que se hallaba sobre una especie de red.

Se levantó y con pasos inseguros, no sin antes asegurar el pie

que avanzaba, fue caminando hacia aquel punto luminoso que se veía al fondo.

A poco halló piso firme, por lo que su avance se facilitó en gran manera.

No se explicaba cómo había sucedido aquello y la única posibilidad que cabía era que, sin saberlo, había presionado algún oculto resorte.

A medida que iba caminando, comprobaba que aquel punto luminoso se iba agrandando, apreciando ya que se trataba de un túnel de grandes proporciones y aquella luz pertenecía a la entrada o salida del mismo.

Por lo que llevaba andado y lo que le faltaba, calculaba que por lo menos que tendría una longitud comprendida entre las cinco a ocho millas.

Estaría a mitad de camino cuando oyó un zumbido que se iba acrecentando por momentos.

Se volvió hacia sus espaldas y descubrió un foco que iba aumentando en intensidad.

No lo pensó dos veces. De un salto se colocó contra la pared del túnel y se tumbó cual largo era, procurando aferrarse a unos salientes.

El zumbido aquel ahora se había convertido en algo ensordecedor; la luz del foco intensísima y el vehículo aquel pasó junto a él a media altura como un meteoro.

Aún habiendo tomado la precaución de asirse con todas sus fuerzas, fue arrancado materialmente del lugar que ocupaba y arrastrado como si se tratara de una frágil viruta.

Cuando dejó de rodar, con contusiones en todo el cuerpo, se incorporó dolorido y medio renqueante.

Se dijo:

—Con otra pasada como ésta, me dejan fuera de combate puesto que el arrastre ha sido morrocotudo.

Hizo unas flexiones para desentumecerse y prosiguió su camino a tiempo que monologaba:

—Robert, anímate que ya falta menos y no olvides que Ethel y

Eleonor están bajo tu responsabilidad.

Al recordar a las muchachas, sobre todo se paró a pensar en Ethel.

Evocó sus ojos, aquellos tersos labios que continuamente parecían solicitar que fueran acariciados; su figura, de una perfección sin par y de la que el más exigente no podría hallar motivo de censura.

—Y el caso es que podría ser mía, de no haber sido por aquella liviana criatura...

Lo que sucedió fue que hallándose libre de servicio, decidió irse a pasar el rato en la playa y practicar su deporte favorito, la natación y a mar abierto, puesto que los embalses artificiales carecían de aliciente para él.

Aquel día el mar estaba bastante embravecido. No obstante, practicó sus correspondientes doscientos metros.

De regreso hacia la playa y en donde rompían las olas con toda su fuerza, en el torbellino que se originó, se dio de lleno con una pelirroja que no tenía nada de despreciable.

La muchacha se asió desesperadamente al cuello de él, como tabla salvadora que la librara de dar tumbos y tragar agua en su afán de recuperar el equilibrio.

Aún y así, estando abrazados, dieron varias vueltas, hasta que la fortaleza de Robert logró dominar las aguas turbulentas y ponerse de pie.

Pero la pelirroja no se soltó de su cuello ni para saber morir.

Y la joven permanecía en la misma posición, pegada a él, ya fuera por el pánico de los que están a punto de ahogarse o bien por encontrarse muy a gusto con la fortaleza y la virilidad de aquel muchachote.

Todo ello, por mera casualidad, fue presenciado por Ethel y sus negros ojazos despidieron chispas de celos y desprecio a la vez hacía aquel joven que estaba abrochando aquella pieza e imaginando lo que no había sucedido.

Todavía estuvo un rato con la pelirroja, y, como remache final, al despedirse Robert de ella porque estaba fatigado debido al esfuerzo llevado a cabo, la joven le obsequió con un beso en los labios,

manifestando:

—Gracias. Has sido mi salvador.

Esto fue la gota que colmó la ira de Ethel y lo que hizo que en su interior se despertara un volcán.

Ya vestidos, coincidieron Ethel y Robert en la barra tomándose un refresco.

La muchacha simuló no haberle visto, pero él, tras unos sorbos y distraídamente, se volvió, descubriendo a pocos pasos de donde estaba la figura inconfundible de Ethel, que de ningún modo podía pasar inadvertida.

Se acercó a ella, saludando:

—¡Hola, Ethel! ¿Cómo tú por aquí?

—Hola.

Le contestó ella seca, escuetamente.

—Mujer, si me lo hubieras dicho, te hubiera servido de chófer.

A lo que replicó ella en forma desabrida:

—Lo único que sirves tú es de desabrochador y abrochador de bikinis.

Robert captó inmediatamente la alusión y por más que intentó esclarecer la mala interpretación, no hubo fórmula humana de conseguirlo, puesto que ella se encerraba en la tesitura de que no tenía que darle ninguna justificación.

La contestación de ella era invariable:

—No tienes que darme explicaciones, partiendo de la base que no me considero nada tuyo.

Y así quedó la cosa. Ella, convencida de que lo que imaginó era un hecho; él, con sus vanos esfuerzos por aclararle que estaba en un error.

Ante estos recuerdos Robert Gold sonrió, puesto que por lo menos le cabía la esperanza de que a Ethel no le resultaba indiferente, y esta indiferencia pasiva, todavía avivaba más sus deseos de conseguir su amor.

Su atención se centró ahora en pasar inadvertido, puesto que se aproximaba al final de aquel túnel.

Iba saltando de un saliente de roca a otro, protegiéndose en las sombras que proyectaban.

Ya estaba a punto de alcanzar la salida, cuando se dio cuenta de que una sutil malla interceptaba todo el hueco.

Recapacitó que aquello no estaría allí como simple adorno y no tuvo más remedio que armarse de paciencia y esperar a que se le presentara una ocasión propicia para salvar aquel obstáculo.

CAPITULO III

Ya estaba decidido a intentar cualquier cosa para anular aquel impedimento, cuando percibió aquel zumbido lejano, preludio de la presencia de un vehículo.

Como la vez anterior, se hizo a un lado incrustándose en un hueco, pero en esta ocasión no se tumbó, puesto que confiaba que a la fuerza tendría que detener su vertiginosa marcha hasta que le fuera franqueada la salida.

No se equivocó en su suposición.

El vehículo fue frenando hasta quedar inmóvil ante la salida del túnel.

El foco emitió dos destellos cegadores y prolongados, durante los cuales el sutil velo tomó una tonalidad carmesí formando una pared.

Al cabo de un momento emitió un tercer destello y apareció el velo con el mismo colorido, pero cubriendo la mitad de la salida; luego un cuarto destello y nada que interceptara el camino.

Robert Gold, con la agilidad de un felino, dio un salto y se agarró a la parte trasera del vehículo que ya iniciaba la marcha.

De este modo, pegado contra la carrocería del mismo, consiguió salir de aquel túnel.

Luego se felicitó de haberse contenido de intentar forzar la salida, puesto que a ambos lados de la misma habían dos muchachas con trajes muy ceñidos, de falda corta y pronunciado escote, en funciones de centinelas.

Estas damiselas, empuñaban sendas armas ultrasónicas capaces de destruir a un ser humano, con sus vibraciones dirigidas.

Donde estaba ahora se trataba de una caverna subterránea de inmensas proporciones y en cuyo centro había un lago inmenso en donde estaban amarradas varias naves, del tipo denominado "tetranao".

Se las denominaba así puesto que igual podían navegar por mar en superficie o sumergidas, por aire o por tierra.

Era evidente que el vehículo del cual iba colgado, se dirigía al embarcadero, por lo que debía de aprovechar la primera ocasión para descolgarse, ocultarse y no ser descubierto por los demás.

Aunque se deslizaba a media altura y lo lógico es que fuera al recto, seguía un camino sinuoso, bordeado de riscos y en cuyo centro de la calzada era ocupada por una ancha cinta metálica.

Colisionar con otro que viniera en dirección contraria, era imposible puesto que según la dirección que llevaban, cada vehículo era accionado a potencial distinto y al encontrarse de frente, automáticamente uno ascendía pasando por encima del otro.

Cuando notó que la velocidad se iba reduciendo, se aprestó a saltar del vehículo antes de que parara definitivamente.

Aprovechó la ocasión que le brindaban unos enormes bultos y luego, de dar unas cuantas volteretas por el suelo, se escondió tras ellos.

Desde su improvisado observatorio, podía otear cuanto sucedía por allí,

Y lo que vio fue que del vehículo en el que había viajado de polizón, descendió Helen con dos muchachas más para luego dirigirse a una enorme "tetranao".

Esto en sí no le sorprendió, es más, lo esperaba.

Lo que le llamó la atención en gran manera, fue que las jóvenes que le acompañaban, al igual que otras que vio, se comportaban como autómatas.

El elemento femenino era la tónica predominante, las había para todos los gustos con la indumentaria del traje ajustado, escote pronunciado, falda corta y pendiendo de su cuello una especie de medallón y en la muñeca derecha un brazalete de cuatro dedos de ancho por un centímetro de grosor. Calzaban una especie de mocasines sujetos por cintas brillantes a las pantorrillas.

Observó también que de la "tetranao" salían y entraban unos muchachos jóvenes que acarreaban bultos a bordo.

La indumentaria que llevaban también era unificada, enfundados en ajustados trajes, con casco de la misma tela, luciendo en la parte frontal el medallón y en la muñeca derecha el brazalete. Iban calzados con botas de media caña.

El comportamiento de estos jóvenes era similar al que había observado en las muchachas. Parecían más bien autómatas que seres humanos.

Robert Gold estaba casi seguro de que Ethel y Eleonor estarían confinadas en aquella "tetranao", desde el momento en que Helen también subió a bordo.

El problema que se le presentaba era poder penetrar sin ser descubierto, y tal como iba vestido, su presencia sería inmediatamente advertida.

Se forjó un plan que, de salirle bien, hallarla la solución a su problema.

Cautelosamente se fue deslizando hacia donde iban aquellos muchachos para hacerse cargo de los bultos que transportaban a la nave.

Permaneció al acecho, esperó que se presentara uno de parecidas proporciones a las suyas.

Cuando consideró que el tipo apropiado lo tenía ante sí, al alcance de su mano, se abalanzó sobre su víctima y le propinó un golpe seco en la región cervical.

El efecto fue contundente, se desplomó como herido por un invisible rayo.

Robert no dejó que llegara al suelo, lo cogió por las axilas arrastrándole a un lugar que le ofrecía más seguridad para lo que se proponía.

Y a cubierto de posibles miradas indiscretas, procedió a despojarle de su vestimenta.

El muchacho vivía, sólo que estaría sin sentido un buen rato. Luego procuraría dejarle bien maniatado y si no le descubrían él mismo iría a liberarlo.

Le quitó el casco adherido al resto del traje, luego éste, no sin antes sacarle las botas.

Entonces se despojó del que llevaba, sustituyéndolo por el usurpado.

Ya disfrazado con aquel uniforme, procedió a vestir con sus ropas al desconocido.

Dedicado a este menester, cayó en el detalle de la existencia del brazalete que llevaba en la muñeca derecha.

El joven, en su inconsciencia, musitó:

—No… No…

Robert le dijo:

—Lo siento, muchacho, pero me hace falta para completar el equipo.

—¡No…, no…!

Denegó nuevamente, sujetando el brazalete con la otra mano.

—Lamento tener que propinarte otro golpe, pero preciso esto que llevas.

Le dejó nuevamente inconsciente y se dedicó de lleno a hacerse con aquel objeto.

Intentó pasarlo por la mano. Imposible, era demasiado estrecho. Procuró abrirlo con todas sus fuerzas, pero desistió de ello ante la inutilidad de su propósito.

Lo examinó con detenimiento y por fin dio con el cierre, al que iba conectado un electrodo que se incrustaba en el hueso cubito del antebrazo.

Lo desconectó y quedó estupefacto por lo que sucedió.

Una llamarada cegó momentáneamente sus ojos y luego, al recuperar la visión, el muchacho aquel se había volatilizado; quedaba únicamente en sus manos el brazalete.

Cuando pudo razonar, se dijo indignado:

—Esto es obra de alguna mente diabólica… Por eso, hasta en su inconsciencia, no quería que se lo quitara…Lo siento, muchacho. No era mi intención… haré lo posible para que tu muerte no quede sin castigo. Te lo prometo.

El cierre del brazalete, ya libremente en sus manos, cedió con facilidad a sus manipulaciones, y procedió a colocarlo en su muñeca derecha.

Nada más se lo puso, notó una sensación rara y pudo escuchar perfectamente una voz femenina, no exenta de energía y con matiz

amenazador, que decía:

—Mente 2.101-Z, te estás atrasando en el trabajo y rompes el ritmo.

Comprendió que esto se lo advertían al volatilizado muchacho y no dejó que repitieran la orden, poniéndose en camino imitando los movimientos y expresión de aquellos jóvenes.

Cogió uno de los bultos y no tuvo más que seguir al que iba delante para introducirte en la nave y llegar al lugar de almacenamiento.

Luego, tratando de no perder de vista al que le precedía, fue a transportar más mercancía.

Esta operación la repitió cinco o seis veces hasta que se terminaron los bultos colocados ordenadamente en el compartimento almacén de la "tetranao".

En tanto, él no perdió el tiempo y aunque bajo aquella sensación rara que notaba desde que se colocó el brazalete, esto no constituyó obstáculo alguno para que se fuera fijando en todo y sus oídos permanecieron atentos.

Descubrió que al dirigirse al compartimiento almacén, donde el pasillo era cruzado por otro, lejanamente escuchó risas de muchachas, y sospechó que pertenecían a Ethel y Eleonor.

Como él era el último de la cadena de transportadores, luego de depositar su carga, se quedó junto a los demás que inmóviles y en doble fila parecían aguardar algo.

En efecto, la voz aquella se dejó oír:

—Mentes, vuestro trabajo ha terminado. Podéis descansar, pero sin salir de la nave. Vamos a sumergirnos.

Dicho esto aquellos muchachos parecieron volver a la vida y su mirada ausente, así como sus facciones, recuperaban la normalidad.

Unos se sentaron donde pudieron y otros se alejaron de aquel recinto.

Por el momento nadie había extrañado su presencia y con naturalidad se dispuso a salir de allí para proseguir en sus investigaciones.

Dirigió sus pasos hacia la confluencia de aquellos dos pasillos, para proseguir luego hacia donde escuchó que procedían las risas.

En aquellos momentos notó que la nave se ponía en movimiento, a juzgar por las ligeras oscilaciones del piso por el que andaba.

Sus oídos prestaban la máxima atención a cualquier síntoma que delatara la presencia de las muchachas.

Anduvo por allí hasta que oyó voces a través de una de las varias puertas que existían en aquel pasadizo.

Con cautela entreabrió la puerta y pudo ver a Ethel y Eleonor muy serias, sin aquella euforia que demostraban en un principio.

Frente a ellas se encontraban Helen y otra de aquellas muchachas con su vestimenta peculiar.

La primera les decía:

—Confío, para vuestro bien, que me hayáis dicho la verdad. Desde ahora os integraréis en nuestras filas y alcanzaréis el nombramiento definitivo tras someteros a unas pruebas de las que…

Robert Gold no pudo seguir escuchando más puesto que oyó pasos y simulando hallarse bajo aquel estado de autómata, siguió pasillo adelante tras cerrar con cuidado la puerta.

Se cruzó con dos chicas que no hicieron el menor caso de su presencia, circunstancia que le congratuló.

Por lo menos ya había averiguado el paradero de Ethel y Eleonor, sabiendo que por el presente estaban bien.

Cuando aquellas dos chicas desaparecieron del pasillo, dio vuelta para encaminarse hacia aquella puerta en que estuvo escuchando.

Pero antes de que llegara, ésta se abrió y Helen, de espaldas a él, decía:

—Os recomiendo que no salgáis de aquí. Ya vendré yo o mandaré por vosotras en el momento oportuno.

Robert giró en redondo para no encontrarse con Helen, pero debido a sus pasos simulados, más lentos de lo normal, fue alcanzado antes de llegar a la esquina.

Temió ser descubierto, más como sucediera con aquellas otras

chicas que se cruzó, Helen y su acompañante pasaron por su lado como si no existiera.

Dejó que se alejaran y cuando torcieron en la intersección de ambos pasillos, volvió sobre sus pasos y penetró en el camarote en el que estaban las jóvenes.

Tanto Ethel como Eleonor iban a protestar por aquella inesperada intromisión, pero se contuvieron al indicarles él que guardaran silencio.

De momento no le reconocieron y vieron cómo aquel visitante, con su rara indumentaria, inspeccionaba con detenimiento el recinto.

Se volvió, al parecer satisfecho de su trabajo, hacia las dos jóvenes que aún permanecían sentadas viendo hacer a aquel hombre.

—Bueno, bueno, bueno… Dos lindas palomitas confinadas en la jaula…

Ethel abrió la boca dos o tres veces, para luego exclamar:

—¡Robert…! ¡Nosotras que nos creíamos abandonadas…

—No me llamo Robert. Mi nombre es Mente 2.101-Z.

—Pues con tu disfraz y tu nombrecito, cualquiera te iba a reconocer—expuso Eleonor todavía sin poder dar crédito a lo que estaba viendo.

—Bien, explicadme lo que os ha pasado.

Ethel tomó la palabra:

—Siguiendo tus instrucciones, nos presentamos en ese club. Hicimos algunas preguntas y sin gran disimulo miramos por todo el local para despertar sospechas, circunstancia que logramos al poco rato.

Eleonor continuó:

—La chica que nos atendió se ausentó por un momento y al volver, llena de amabilidad, nos ofreció una bebida.

A lo que aclaró Ethel:

—Por el sabor ya notamos que habían mezclado algo, razón por la cual ingerimos poca cantidad.

—Así fue —confirmó Eleonor.

—A poco notamos una euforia rara, por lo que procuramos exagerar la nota y nos dejamos conducir por aquella muchacha que nos atendió.

—Luego nos llevaron por unos pasillos para penetrar luego en una puerta...

Le interrumpió Robert:

—Sí, todo eso ya lo sé Eleonor. Pasasteis muy cerca de donde yo estaba. Lo que quisiera saber es si habéis averiguado algo.

Las dos muchachas quedaron pensativas, para después manifestar Ethel:

—Pues la verdad es que hemos sido interrogadas por una chica que parece algo importante en todo esto, que nos integrará en las filas de los componentes del club, con lo que colaboraremos, según dijo, a la consecución de unos fines sublimes y con ello riquezas, bienestar y qué sé yo la de cosas que enumeró.

—¡Ya...! Conozco el disco. No hay más remedio que seguir adelante. La verdad es que yo tampoco he conseguido gran cosa, aunque me mantiene la esperanza de que esta nave nos conducirá a la clave de todo esto.

—¿Tú crees...? —le preguntó Ethel entre guasa y preocupada.

Robert la miró. Seguía estando muy bonita y seguía interesándole en gran manera.

Prefirió pasar por alto la ironía, para contestar:

—Creo que sí. De lo contrario, ¿por qué os llevan a ese lugar desconocido?

—Sí, puede que tengas razón... Y tú..., ¿cómo te encuentras aquí?

—Yo voy de polizonte. Veréis...

Entonces les relató cómo había conseguido infiltrarse en la nave, pero lo que sin duda, lo que más les impresionó, fue la desaparición de aquel muchacho.

Robert les recomendó:

—Debéis permanecer con los ojos muy abiertos. Yo procuraré estar cerca de vosotras, y si mi ausencia se prolonga, no dudéis de pedir auxilio a nuestro Departamento.

—Robert, ten cuidado...

Manifestó espontánea Ethel, aunque se notó que se arrepintió al momento.

El aludido, simulando asombro, exclamó:

—¿Vaya, Ethel...! Compruebo que estás perdiendo facultades al preocuparte por algo que no sea de la misión que te han encomendado...

—No seas engreído. Tú formas parte de la misión.

—¡Ah...! Creí entender que particularizabas.

—Ni mucho menos,

Eleonor, muy oportuna, intervino:

—Cuando una pareja se pelea..., algo existe entre ellos.

—Mira tú, doña Sabelotodo con la que sale... Entre Robert y yo nunca podrá haber nada.

Eleonor esbozó una sonrisita y preguntó divertida:

—¿Ni siquiera para funciones de "doncello"? Tengo entendido que es muy eficiente...

—¡Cállate, impertinente!

Le atajó Ethel, coloreada por la indignación y la alusión a que hacía referencia,

Robert se estaba divirtiendo ante la situación suscitada, pero el detector estaba llamando a las "Mentes", por lo que manifestó conciliador, no exento de guasa:

—No vayáis a pegaros, no vale la pena... Tengo que irme. Ya lo sabéis, ni que deciros que procuraré estar cerca de vosotras.

Y sin más, salió de aquel camarote.

CAPITULO IV

Se dirigió al punto que les citaban, en el compartimiento almacén donde estaban apilados los fardos.

Nuevamente notó la rara sensación y vio en los demás sus facciones y miradas inexpresivas, por lo que adoptó la misma actitud.

Momentos después se encontró con la desagradable sorpresa de la presencia de Helen quien, completamente transformada, como la viera cuando castigó a aquella muchacha desnuda, les dirigió la palabra:

—Mentes, atended bien, La Gran Belio, a la que debemos obediencia, desea que sea destruida la base de vigilancia de Lepsina, porque constituye un obstáculo para nuestros fines.

Robert procuró colocarse detrás de unos muchachos tan altos como él e incluso flexionó un poco las piernas para que Helen no le descubriera,

Sabía que la base de Lepsina era de vital importancia para la seguridad mundial, puesto que constituía un Centro de Control al que, por lo menos en teoría, no pasaba nada por alto.

Helen continuó:

—Se os equipará de lo necesario y tenéis que colocar las cargas de forma que todo quede destruido. Ya sabéis lo que lleva consigo la desobediencia o cualquier negligencia.

Los allí presentes asintieron unánimemente.

—De acuerdo. Dentro de poco, por la escotilla submarina, saldréis para cumplir vuestro cometido. Antes tenéis que preparar las cargas con sus dispositivos para hacerlas estallar. Así que, sin más dilación, manos a la obra.

Como autómatas que eran bajo aquella influencia..., comenzaron a destapar aquellas cajas, que en unas contenían las cargas, en otras los dispositivos de explosión y en las demás los elementos de buceo.

—Como comprobaréis, ahí tenéis todo lo necesario. Preparadlo como sabéis y ya se os avisará cuando llegue el momento de salir.

Por un momento Helen se fijó en Robert y éste temió verse descubierto.

Menos mal que en aquel preciso instante a uno de sus "compañeros", se le resbaló una caja que al chocar contra el suelo se esparció su contenido, lo que suscitó la ira de Helen.

—¡Tú, imbécil...! Ten mucho más cuidado con lo que haces, de lo contrario volaremos todos.

Tras estas desabridas palabras, dio media vuelta y se alejó de aquel lugar.

Robert respiró tranquilo, puesto que la presencia de aquella mujer representaba un constante peligro para él y su misión.

Luego de tener todas las cajas abiertas, se dispusieron a trabajar en cadena.

Por un momento se fijó en los métodos de trabajo que empleaban, llegando a la conclusión de que aquellos muchachos estaban altamente entrenados y bien dirigidos.

Hizo los posibles, y lo consiguió, por ocuparse de los dispositivos de explosión en los que había de fijar la frecuencia para que entraran en acción.

Se le presentaba un problema. El ignoraba totalmente la frecuencia con que operaban, por lo tanto simulaba colocar los dispositivos de explosión a una determinada, para luego volver al cero con la esperanza que quedaran en estado inoperante.

Como sospechó, los demás proseguían en su tarea sin reparar lo que él hacía. Actuaban al igual que máquinas.

Una vez terminadas estas manipulaciones, fueron repartidas las cargas en partes iguales, diez a cada uno de los veinte que formaban el grupo, y en conjunto más que suficiente para volar la más sólida fortaleza.

Luego se colocaron el impulsor submarino y el diminuto convertidor de oxígeno que lo tomaba de la misma agua.

La voz femenina, se dejó oír:

—Mentes, atención... Mirad con detenimiento a la pantalla. En ella veréis el trabajo que tiene que realizar cada uno de vosotros.

En efecto, allí apareció un gráfico con todas las instalaciones de la Base de Lepsina, incluyendo naves y vehículos de importancia.

A cada uno se le fijaba el camino a seguir con el tiempo común de una hora.

Se le asignaba a Robert, o lo que venía a ser lo mismo a 2.101-Z, el minar dos grandes naves de superficie, y el puesto de mando de la Base.

Aquella voz, al cabo de un rato, preguntó:

—¿Tenéis bien aprendido el camino a recorrer?

Todos movieron la cabeza afirmativamente.

—Os he de advertir que quien se retrase en más de media hora luego de la fijada, quedará abandonado. ¿Comprendido?

Todos a la vez asintieron con la cabeza.

—Pues en marcha.

Antes de pasar al compartimiento estanco en donde estaba la escotilla de salida submarina, un pulverizador les recubrió de una película que era impermeable y al mismo tiempo neutralizaba cualquier detección, por lo tanto esto haría que su presencia pasara inadvertida.

Se inundó el compartimiento estanco y uno a uno, fueron saliendo por la escotilla en dirección a la Base.

Iban sumergidos en las aguas y avanzando sin fatiga gracias al impulsor submarino, uno detrás del otro siguiendo la dirección que les iban dando, ya que si subían a la superficie, su neutralidad quedaba eliminada.

Ya dentro de la Base, se separaron para dedicarse cada uno a su menester.

Robert llevó consigo todas las cargas hacia el puesto de mando y en vez de ocultarse fue directamente a un centinela y le rogó que le condujera al oficial de guardia.

De buenas a primeras el oficial le preguntó:

—¿Quién es usted y cómo ha logrado llegar hasta aquí?

—Esto es una cuestión que explicaré ante el jefe de la Base.

—¿Pretende que le lleve ante su presencia y a estas horas?

—No sólo lo pretendo, sino que lo exijo.

—Me da la impresión que no está bien de la cabeza.

—No me haga perder un tiempo precioso; de ello depende la seguridad de la Base y si ocurre algo usted será el único responsable.

Vio tanta seguridad en Robert que el oficial comenzó a dudar.

—Bueno..., el caso es que si despierto al jefe a estas horas...

—Asumo toda la responsabilidad. Usted no hará más que cumplir con su deber.

—Voy a comunicarme con él.

—Simplemente dígale: "Sagitario está presente".

El oficial se ausentó unos momentos, para volver al instante muy nervioso, diciéndole:

—Señor, uno de la guardia le acompañará a su aposento.

Guiado por aquel muchacho, llegaron donde estaba el jefe de la Base y él en persona, le abrió la puerta, ya vestido y todo.

—El oficial de guardia...

—Sí, sí, está bien. Espere ahí fuera por si te necesito para algo urgente.

Y dirigiéndose a Robert, le indicó:

—Pase, por favor.

Una vez solos, el jefe de la Base le preguntó:

—¿Quién es usted que conoce la clave militar?

—Aparte de ser oficial, señor, soy miembro activo de Alta Seguridad. He aquí mis credenciales.

Lo leyó e incluso se comunicó con el Departamento de Alta Seguridad:

—Aquí el jefe de la Base de Lepsina.

—Diga, señor.

—¿Pertenece a ese Departamento Robert Gold?

—Un momento.

A los pocos segundos, contestó otra voz:

—Sí, señor, adscrito a la Sección primera. ¿Le ocurre algo?

—La verdad es que no lo sé, creo que no. Ya se lo comunicaré si viene al caso.

Cortó la comunicación y acto seguido, volviéndose hacia Robert, se excusó:

—Perdone, pero comprenderá que mi obligación era comprobarlo por línea directa.

—Lo entiendo, señor, y no me ha molestado.

—¿Qué quiere decirme con esa contraseña de eminente peligro?

—Pues solamente que, en estos momentos, están minando toda la Base de Lepsina.

—¿Diablos...! ¡Eso no puede ser, nuestro sistema defensivo está provisto...

—Siento decepcionarle y comunicarle que ha fallado en toda su extensión.

—No puede ser...

—Mire si no puede ser, que yo soy uno de los que forman parte de esa expedición, y aquí me tiene llevando todas las cargas que, naturalmente, no he colocado.

—Pero..., pero...

El jefe de la Base no salía de su asombro, altamente confundido y sin querer admitir que aquello era un hecho.

Robert se estaba impacientando, puesto que iba transcurriendo un tiempo precioso, y no solamente eso, sino también peligroso para la integridad personal.

—Señor, no son momentos de perder un instante, los segundos son de gran valía. Urge actuar.

—Sí, sí... Pero... ¿cómo?

—Deme el plano de la Base y le iré señalando dónde han colocado o están colocando las cargas.

—Puesto que, según usted ha manifestado, están operando en estos momentos, creo yo que la mejor solución sería que los apresáramos.

—Considero que sería contraproducente, señor, puesto que entonces entorpecería lo poco que hemos avanzado sobre este asunto.

—En tal caso...

Se dirigió a un mueble y de un lugar de seguridad extrajo unas placas y con ellas en la mano se las entregó luego a Robert, a tiempo que le decía:

—Aquí tiene los planos.

Los examinó y acto seguido fue señalando los puntos donde estaban depositando las cargas, aclarando:

—También tienen que ser colocadas en naves y vehículos de envergadura.

—Entiendo.

—Dispondrán de media hora para recoger las cargas a partir del momento que nos hayamos retirado.

—¿Y cómo sabremos si han sido recuperadas todas?

—Sencillamente, componemos la expedición veinte hombres con diez cargas cada uno. Como quiera que aquí tiene las que a mí me corresponden, las restantes han de sumar un total de ciento noventa.

—Está claro.

—Una cuestión primordial. Como se da la circunstancia que ignoro la frecuencia que tienen que utilizar para hacerlas estallar conjuntamente, yo fijé los dispositivos a cero, pero eso ya sabe que no es de plena garantía.

—Sí, claro, se pueden utilizar frecuencias conjuntas.

—Exacto, eso quería decirle.

—Total, que seguimos estando sobre un polvorín.

—Poco más o menos ésta es la cruda realidad.

—Ordenaré que las vayan descargando a medida que den con ellas.

—Esto requerirá un tiempo que puede resultar peligroso, señor.

—¿Y qué otro camino nos queda?

—Creo que el más eficaz, y nos serviría para dos cosas.

—¿Cuál y qué cosas?

—El hacer estallar las cargas tras haberlas reunido y estallarlas todas de una vez.

—Pero esto resultará de un potencial explosivo de gran dimensión,

—Hay que correr ese riesgo.

—Bien, conocemos el camino. Veamos ahora las dos cosas que alude.

—Colocar las cargas entre dos aguas a un par de millas de distancia de la Base y con ello se evitará que puedan producir algún daño importante.

—Conforme. ¿La otra cosa?

—Pues que los agresores queden convencidos de que su plan ha dado el resultado apetecido.

El jefe de la Base se quedó mirando a Roger Gold sorprendido por su inteligencia, para luego manifestarle sumamente complacido:

—Se hará como usted dice.

—Creo que es la solución más práctica.

—Sin lugar a dudas.

Se produjo una pausa en la que el jefe de la Base estaba un tanto pensativo.

Robert le miró y preguntó:

—¿Alguna duda, señor?

Salió de su abstracción y le contestó con otra pregunta:

—¿A qué hora tenemos que provocar la explosión?

—Exactamente media hora después que la expedición de sabotaje haya abandonado estos lugares.

Comprobaron los cronos y prefijaron la hora.

—¿Y cómo sabe que tendrá que ser entonces?

—Deduciéndolo por el tiempo que han fijado para el regreso a la nave.

—De acuerdo, pues. No hay más que hablar.

En un momento reinó gran actividad interna en la Base, sin exteriorizar alarma alguna para dar tiempo a que unas sombras furtivas y en forma metódica, fueran desprendiéndose de su destructora mercancía.

A instancias del Jefe de la Base, Robert Gold fue repitiendo a los oficiales encargados de dirigir sus respectivas secciones, los lugares en donde debían de hallar las cargas y el número exacto de ellas.

Por último, les advirtió:

—De ustedes dependerá el contrarrestar sus planes, de ustedes y de la rapidez con que efectúen la operación de limpieza.

Los oficiales allí congregados escuchaban con atención a Robert Gold, ataviado con aquella extraña vestimenta.

El agente oficial del Departamento de Alta Seguridad se encontraba en su medio ambiente.

Como comandante en activo, adscrito a dicho Departamento, tuvo que especializarse y superar las pruebas a que eran sometidos todos los que pretendían ingresar y ya de por sí, el lograrlo, demostraba la valía del individuo.

Y antes de despedirse definitivamente, todavía les dijo:

—Si tienen alguna duda, pueden preguntar.

Transcurrido un ratito, y en vista de que nadie preguntaba, Robert manifestó a guisa de despedida:

—Bien, señores, mi tiempo se ha agotado. Gracias por tu atención y sólo me resta desearles suerte en su cometido.

Aunque desconocían la personalidad de Robert Gold, comprendieron que, tras aquel anonimato, se ocultaba un personaje de

envergadura, confirmándoles su sospecha por las deferencias que le manifestó su jefe y por la seguridad y energía con que se explicó aquel individuo de rara indumentaria.

CAPITULO V

A la hora establecida, se reunieron en el lugar convenido para efectuar el regreso a la nave, que les aguardaba a unas cuantas millas de allí.

Mentalmente Robert Gold los contó. Sólo estaban dieciséis de los veinte que partieron.

Robert se dirigió al que encabezaba la fila de hombres y por más intentos que hizo para explicarle que faltaban cuatro, el joven aquel, proseguía su camino impertérrito, sin hacer el menor caso.

Por otra parte, disponían de un tiempo limitado. Si se entretenían esperando a los rezagados, se exponían a quedar hechos pedazos por efecto de las explosiones que se producirían, según él había planificado.

En vista de que sus esfuerzos resultaban infructuosos, Robert se limitó a seguir a los demás, pensando en lo que les había podido ocurrir a aquellos muchachos y en el peligro que estaban expuestos.

A poco, divisaron la mole de la nave sumergida.

Se dirigieron a la escotilla y uno a uno fueron penetrando en el compartimiento estanco.

Una vez ocupados por los dieciséis expedicionarios, se cerró la escotilla y el compartimiento fue desalojando el agua que les envolvía.

Se abrió otra puerta que cerraba a presión y fueron pasando al interior de la nave, que se puso inmediatamente en movimiento a juzgar por la brusca sacudida que de poco les hizo perder el equilibrio.

Pasaron por otro pulverizador que disolvió la cutícula impermeable y neutra con que fueron protegidos antes de la salida.

Se encaminaron hacia el lugar que les servía de alojamiento y punto de reunión, donde permanecieron inmóviles.

La voz se dejó oír:

—Habéis cumplido con vuestra misión, excepto cuatro que no

han regresado. Mentes, ya sabéis lo que les espera a quienes incumplen los mandatos. Ellos mismos confirman sus sentencias, la volatilización.

Robert observaba a aquellos Jóvenes que permanecían inmutables, sin que uno de sus músculos se movieran, como sí aquello no rezara para ellos.

Escucharon de nuevo:

—Podéis desprenderos del equipo y descansar.

Robert notó cómo desaparecía en él aquella rara sensación y comprobó una vez más cómo los otros jóvenes se animaban, perdiendo aquel semblante de ausencia.

Decidió abordar a uno de ellos, comentando:

—Lástima que los otros cuatro no hayan llegado...

—No debería de resultarte una novedad este hecho. Nos han convertido en cosas, y como tales, carecemos de la más ínfima importancia.

Robert se quedó mirando al muchachote joven y fuerte que parecía ocultar cierto resentimiento por su suerte.

El muchacho continuó:

—Aparecemos y desaparecemos sin saber cómo ni de dónde. Siempre ocurre igual...

Robert comentó:

—Sí, es verdad... Pero hay que conformarse...

La contestación de su interlocutor, no se hizo esperar:

—¿Conformarse...? Estoy seguro que no dices la verdad. Ninguno de nosotros está de acuerdo en el estado que nos han sumido. Somos "Mentes", pero mentes concentradas, atrapadas para ser utilizadas como se les antoje.

—¿No temes que llegue a su conocimiento tu descontento?

—No lo ignoran, y por otra parte, estoy por decirte que no me importa que me hagan desaparecer. Lo consideraría una liberación definitiva,

Robert Gold escuchaba con atención a aquel muchachote que se expresaba de aquella forma tan amarga.

Decidió tantearlo por otro camino, aludiendo:

—Pues a bordo hay muchas chicas y la mayoría de ellas nada despreciables...

Le atajó indignado el muchacho:

—Parece mentira que digas tú semejante sandez...

—¿Por qué?

—Son alimañas, eso es lo que son. Pasan por tu lado como si no existieras, o cuando se les antoja te toman a su servicio para complacencia de sus sentidos y luego te tratan como al peor de los animales inferiores.

Ante estas manifestaciones a Robert dejó de extrañarle la indiferencia de aquellas muchachas cuando se las cruzó en el pasillo.

Por todo comentario, sólo dijo:

—Sí, claro...

—Si todavía no has pasado por esa experiencia, ya la pasarás, ya... Entonces te acordarás de mis palabras y sentirás odio y asco de ellas, por muy hermosas que sean y por muy amantes momentáneas que se muestren.

A Robert le vino al pensamiento Helen por haberla visto en aquellas dos facetas completamente opuestas.

Creyó oportuno manifestarle:

—Puesto que, como dices, el descontento es general, ¿por qué manteneros en esta pasividad?

El muchacho se le quedó mirando y asombrado por sus palabras, como si terminara de decir la más grande barbaridad.

Pasado un momento, seguramente el necesario para salir de su estupor, le dijo:

—Oye..., por tus palabras me estoy dando cuenta que ignoras muchas cosas.

A lo que le contestó Robert:

—Puede.

—¿Quién eres tú?

—¿Yo...? Mente 2101-Z.

—Tú no eres Mente 2101-Z, 2101-Z dejó de acompañarnos en el momento que partimos. Lo recuerdo como una sombra. El iba detrás de mí y tardó más de la cuenta.

Robert Gold se sintió inmovilizado por la fortaleza de aquel muchachote, quien lleno de ira, le volvió a preguntar roncamente:

—¿Quién eres tú...? ¡Contesta!

—Ya lo he dicho...

—¡Mientes...! Yo te diré quién eres. Tú eres un traidor, algún favorito de una de esas malvadas para espiar nuestros actos, nuestras conversaciones...

Con aquel brazo de hierro que le atenazaba la garganta le impedía la respiración y Robert tuvo que hacer un supremo esfuerzo para desasirse.

Todos los allí presentes salieron de su pasividad y se fueron acercándose peligrosamente a Robert, que fue retrocediendo para tomar una posición más defensiva.

El muchachote aquél, exclamó:

—¡Prendámosle!

En tropel se lanzaron contra él. Los primeros que se le acercaron rodaron por el suelo a consecuencia de sus potentes puños.

Por un momento los mantuvo a raya al comprobar los resultados.

Pero volvieron al ataque y, aunque derribó a unos cuantos más, ante la superioridad numérica quedó reducido a la impotencia al cabo de un rato.

El muchacho con el que entabló la conversación, le cogió su brazo derecho y posando su mano que parecía de hierro sobre el brazalete que llevaba Robert, le dijo con los ojos centelleantes por la indignación:

—Ahora sabrás cómo procedemos con los traidores.

Robert forcejeó al tiempo que manifestaba:

—Está bien, si te complace que no sea Mente 2101-Z, te diré que no soy.

—Luego vienes a la mía. Eres un traidor, ¿no?

—De ninguna de las maneras. Estás completamente equivocado.

—¿Equivocado?

—Mi deseo es ayudaros.

Le miró incrédulo, para luego preguntar burlón:

—¿Ayudarnos tú, un "mente" como nosotros...? No nos hagas reír, quien seas.

—No soy como vosotros, soy un ser normal.

—Conque normal, ¿eh...? ¿Y ese disco que llevas en la cabeza? ¿Y ese brazalete...?

—Todo ficticio para poder penetrar en la "tetranao" y ampararme entre vosotros.

—Ampararte y espiarnos. ¿No es eso, traidor?

—Os repito que no.

—¿Sabes lo que te va a suceder en cuanto te arranque el brazalete?

—Estando en vuestro caso, me volatilizaría inmediatamente, desaparecería.

—¿Quieres decir que tú no lo estás?

—Eso afirmo.

Se originó un silencio, pero aquel muchacho, terco en su suposición, no se dejó intimidar por las palabras de Robert y decidió:

—Lo vamos a comprobar inmediatamente y si has mentido, mucho peor para ti.

Robert aún le pudo contener, al manifestarle:

—Para tu información, te diré que no es necesario que te molestes en quitarme el brazalete. Basta que compruebes cómo el

electrodo no está incrustado en mi piel, tal como lo lleváis vosotros.

Siguió su indicación y pudo convencerse de que decía la verdad, así como todos los demás.

Pero el muchacho aquel todavía dudaba y expuso con no exenta lógica:

—Si no eres como nosotros o no estás en la misma situación, desconocerías la particularidad del brazalete de no haberte informado alguien.

—Nadie me lo ha dicho ni me han aleccionado, si es eso lo que pretendes insinuar. Lo he descubierto a consecuencia de una amarga coincidencia.

—Explícate mejor.

Entonces les relató cómo había apresado al auténtico 2101-Z, sustituyendo su vestimenta por la de él y la desagradable sorpresa del final.

Concluyó:

—Sentí mucho lo ocurrido y me prometí que su muerte no quedaría sin castigo.

Tras estas palabras los demás le soltaron, ya convencidos de que decía la verdad.

Al cabo de un rato, otro de los muchachos allí reunidos, preguntó:

—No obstante, sin estar controlado como nosotros, ¿por qué has consentido el sabotaje que se nos ha ordenado? Tú podías impedirlo.

—Y de hecho así ha sido.

Todos quedaron asombrados ante tal revelación.

—¿Y cómo lo has logrado?

—Mientras vosotros estabais dedicados a vuestro trabajo, yo me encontraba hablando con el que manda la Base. Confío que a estas horas ya estén recogidas todas las cargas que depositasteis.

—Pues has logrado evitar el sabotaje, más con ello nos han sentenciado a todos al no producirse la explosión.

Robert Gold sonrió, aclarándoles a continuación:

—He pensado en ello y la explosión se producirá de todos modos, aunque sin causar daño alguno.

Quedaron satisfechos de la aclaración, pero posteriormente asaltó otra duda que el muchachote aquel expuso:

—Si se dan cuenta de que todo ha constituido un engaño, estaremos en el mismo caso.

Robert manifestó:

—Confiemos que no paren en averiguaciones y procuren alejarse lo más posible para no convertirse en víctimas de sus propias explosiones.

—Sí, esperemos que así suceda…

—Por otra parte, aun en el supuesto de la destrucción total de la Base, cuentan con un dispositivo que da la alarma a los otros puestos de vigilancia y toda la zona quedaría sometida a un riguroso control.

Parecieron quedar satisfechos por las explicaciones de Robert, quien inmediatamente decidió abordar el plan que había urdido.

—He deducido por vuestras manifestaciones, la unánime disconformidad con los procedimientos de esta gente que os tiene sometidos.

Cada uno le fue confirmando que estaba en lo cierto.

—Pues bien, siendo así… ¿Por qué no nos unimos y desenmascaramos a quienes son los responsables de todo esto?

—Resulta fácil decirlo… ¿Ignoras que estamos sometidos a su control?

—No lo ignoro, desde luego, y mi intención es libraros de ese control.

—Por muy buena intención que tengas, resultará de todo punto imposible.

—Esto dejarlo de mi cuenta. Lo único que quiero es que os unáis a mí y me proporcionéis toda la información que os sea posible.

—De unirnos a ti, lo puedes dar por hecho. En cuanto a información, pregunta. Ten la seguridad que responderemos a cuanto

sepamos.

Robert Gold estaba satisfecho de los resultados que iba alcanzando.

Consideraba que la ayuda de aquellos muchachos le iba a servir de mucho, aun estando sometidos a funciones de robots.

Por las contestaciones que le fueron dando, era un hecho que todos pasaron por el Steel Club, donde la presencia de muchachas bonitas y pródigas en la concesión de sus caricias, constituía el cebo principal para aquellos jóvenes que sólo pensaban en la diversión.

Hasta que un día, luego de su concurrencia en uno de los reservados con una chica, despertaron, tras no sabían cuánto tiempo en un lugar desconocido.

Al recobrar conciencia, comprobaron que iban ataviados con la indumentaria que en la actualidad llevaban y aquejados de un ligero dolor en el brazo derecho y como entre brumas, obedecían a los mandatos de una voz y realizaban trabajos desconocidos para ellos hasta entonces.

Les advirtieron que debían someterse a obediencia plena si querían seguir viviendo.

Igualmente, que no debían desprenderse del equipo que llevaban, en particular el brazalete, que habían dejado de ser fulano de tal para convertirse en "Mentes", con una numeración y una letra, de la Gran Belio.

Para demostrarles que sus advertencias no eran meras palabras, sin estar sometidos sus cerebros a control, en su presencia fueron ejecutados varios jóvenes a la volatilización por desobediencia o por no haber dado el resultado apetecido en los entrenamientos a que eran sometidos.

Después, ya considerados aptos, fueron destinados a aquella "tetranao" que constituía un cuartel general ambulante y bajo el mandato de mujeres, jóvenes todas ellas y a las que les estaba prohibido mirar de no ser requeridos por ellas.

Estas jóvenes se mostraban con gran despotismo hacia ellos, a los que consideraban poco menos que un objeto.

También averiguó que en aquel campo de entrenamiento se transformaban también a muchachas que quedaban en las mismas condiciones que ellos, con alternativas de lucidez plena a la de

controlada e igualmente, con brazalete, aunque la indumentaria, era distinta.

Robert estuvo escuchando todas aquellas explicaciones y preguntó:

—¿Y no sabéis dónde está ese lugar de entrenamiento?

Lo ignoraban. Sabían, por otras veces, que desde donde cargaron aquellos fardos en la "tetranao" se sumergían y salían a mar abierta a través de una perforación submarina.

De esta circunstancia, el mismo Robert pudo darse cuenta.

Una vez fuera de su escondite, si no les mandaban a alguna acción destructora o de captura, la nave subía a superficie, emprendía el vuelo y al cabo de un tiempo aterrizaban.

Una vez tomada tierra, atravesaban un túnel y momentos más tarde desembocaban en el lugar de entrenamiento donde a poco amanecía.

Invariablemente, todas las salidas y viajes los efectuaban por la noche. De ahí que no supieran dónde estaba el campamento de entrenamiento.

Iba a hacer unas preguntas más, pero en aquellos momentos el control se ejerció en aquellos muchachos y la voz ordenó con su timbre desagradable:

—Mentes, a vuestros puestos de combate. Se registra proximidad de una nave submarina.

Inmediatamente se dirigieron a los lugares asignados y Robert se limitó a seguirles, aunque sin saber a ciencia cierta qué puesto le correspondía a él.

CAPITULO VI

Nada más Robert Gold se despidió del jefe de la Base para reunirse con la expedición de sabotaje, la actividad en aquel lugar que momentos antes todo era tranquilidad, se caracterizó por un movimiento inusitado.

Todo eran órdenes y prisas.

Los oficiales, al mando de sus hombres, se dedicaron febrilmente a la recuperación de cargas explosivas.

Provistos de detectores y conociendo más o menos los lugares en que fueron depositadas, gracias a las indicaciones de Robert, comenzaron su tarea.

No tenían tiempo que perder. Sabían que de la rapidez dependía la integridad de la Base y la suya propia, ya que de producirse la explosión masiva, pocos saldrían con vida.

Se habían constituido diez patrullas, asignándoles a cada una la recuperación de veinte cargas, salvo la última que sólo tenía que hacerlo con diez, que unidas a otras tantas entregadas por Robert, hacían un total de doscientas.

Las cinco patrullas de tierra terminaron con rapidez y los oficiales respectivos fueron dando la novedad directamente al jefe de la Base.

Esto lo hacían a medida que iban depositando las cargas en una rápida embarcación, que las trasladaba definitivamente al lugar donde se las haría estallar.

Tenían ya en su poder ciento diez; sólo les faltaban noventa.

A las patrullas submarinas ya les costó más, debido a que sus movimientos no podían ser tan rápidos.

El jefe de la Base comenzaba a impacientarse. Los segundos le parecían horas.

Acosaba al oficial encargado de la recepción y número de ellas:

—Oficial, ¿todavía no han traído más?

—No, señor.

—¿Y qué hacen esos muchachos? Comuníqueme con ellos.

—A la orden, señor.

El oficial conectó la comunicación submarina.

—Aquí el jefe de la Base a patrullas seis, siete, ocho, nueve y diez. ¿Pero qué pasa que se atrasan tanto?

—Aquí patrulla número seis. Terminado, llevamos cargas a destino.

—Patrulla número siete. Tenemos en nuestro poder diez. Seguimos buscando.

—Oficial de la número ocho. Estamos concluyendo.

Sin embargo, las comunicaciones de la nueve y de la diez, resultaron desalentadoras.

¡No habían dado ni con una...!

La voz del que mandaba la Base fue atronadora:

—Eso no puede ser, hay que encontrarlas y rápidamente. ¡Intensifiquen la búsqueda! Y no se duerman porque serán los primeros en volar a pedazos.

—Así lo hacemos, señor, redoblamos nuestros esfuerzos por dar con los explosivos.

Momentos más tarde las patrullas seis y ocho habían entregado sus cargas, faltando únicamente las correspondientes a la siete, nueve y diez.

De nuevo, el responsable de la Base llamó a los oficiales y la contestación fue la misma que al principio; que no encontraban nada de la nueve y diez. La siete únicamente había conseguido los diez que anunció.

—Voy a ordenar que les ayuden las otras patrullas. Hay que dar con ellas lo antes posible.

En efecto, las patrullas seis y ocho se lanzaron de nuevo al agua para colaborar con sus compañeros.

Pero el resultado fue el mismo.

Las cuarenta cargas restantes no aparecían por ninguna parte; luego el peligro persistía.

Los minutos pasaban y el oficial de la lancha rápida se consideró obligado a comunicar:

—Señor, el tiempo se nos echa encima. Como demoramos la marcha, no podremos desprendemos de los explosivos.

—Está bien. Aguarde a que la patrulla siete entregue las que han encontrado y vayan a depositarlas en el lugar señalado.

—A la orden, señor.

Inmediatamente el jefe de la Base comunicaba:

—Patrulla número siete, entregue las cargas recuperadas. A todas las demás, abandonen la búsqueda.

Acto seguido sonó la señal de alta emergencia.

Todos los barcos contiguos a aquellos en los que se buscó las cargas sin que aparecieran, fueron situados lo más lejos posible.

Casi estaban seguros de su inexistencia, ya que los detectores no acusaron su presencia, pero como medida preventiva, se decidió despejar la zona peligrosa.

La lancha rápida, con su carga a bordo, apuró la espera hasta el último segundo por si aparecían más.

Se lanzó a toda máquina dejando tras sí una estela espumosa, para dirigirse mar abierta y depositar la "mercancía" junto con una carga a control remoto, cuyo dispositivo actuaba al recibir la señal de cualquier frecuencia.

Gracias a esto se conseguirían dos fines; el que la explosión se produjera a la hora en punto que determinaran los terroristas y que esta explosión provocara la de las demás cargas.

A la misma velocidad que a la ida, regresó la lancha para ponerse a cubierto de los efectos de la explosión que iba a producirse.

En aquellos momentos, el ayudante decía al jefe de la Base:

—Señor, comunican de control que la nave submarina H-130 solicita permiso de entrada.

—¡Lo que faltaba...! Ordene a esos insensatos inoportunos, que

viren en redondo y se alejen a pleno rendimiento de esta zona. Ya se les avisará cuando pueden regresar.

—A la orden.

El segundero seguía su marcha atrás...

Se aproximaba el momento deseado y temido a la vez, por el ignorado paradero de las cuarenta cargas.

Tres segundos, dos, uno...

Una terrible explosión se produjo, al tiempo que otras cuatro secundarias de menor importancia y fuera del lugar prefijado, alejadas arbitrariamente de la Base.

Cuando el jefe de la misma fue informado de que no se había producido daño alguno, respiró tranquilo y mentalmente agradeció a Robert Gold el haberles librado de un desastre seguro.

Su ayudante le preguntó:

—¿Cómo se explica, señor, esas cuatro explosiones fuera del lugar señalado?

—El único razonamiento que cabe, es que los hombres que las llevaban, hubieran sido arrastrados por una corriente.

—Sí, tiene que haber sucedido tal como dice. Pero el que estallaran las cargas...

—Desde luego, he reparado con extrañeza en esa particularidad. A no ser que...

—¿El qué, señor?

—Que el señor Gold, aunque ignorando la frecuencia clave, colocara el dispositivo en la que precisamente iban a utilizar.

—Es la única explicación que cabe, señor.

—En fin, lo esencial es que todo haya terminado bien. Puede comunicar a la H-130 que pueden entrar y a la Base que la alarma ha terminado.

—A la orden, señor.

* * *

La explosión fue detectada en la "tetranao" y poco después la alarma pasó, puesto que la nave submarina, que no era otra que la H-130, se alejaba de aquellos lugares.

La propia Helen hizo acto de presencia ante ellos, para manifestarles:

—Mentes, una vez más habéis cumplido con el trabajo encomendado por la Gran Belia. Sólo cuatro de la expedición no han regresado, no lo han querido o no han podido. Cualquiera que sea el motivo, constituye una desobediencia y en consecuencia han quedado destruidos.

Los muchachos permanecían todavía bajo los efectos del control ejercido sobre ellos, aunque esto no impedía que capturaran las palabras con lucidez.

El único que se libraba de ello era Robert que, con disimulada atención, observaba a aquella mujer que había tenido en sus brazos.

Helen volvió a tomar la palabra:

—Dentro de unos instantes nos elevaremos para posteriormente llegar a nuestro destino, el que ya conocéis.

Y sin más dio media vuelta y se fue.

Robert pensó que, por fin, llegaría al lugar donde tenían oculta su Base de operaciones.

Pensaba dirigirse hacia donde estaban Ethel y Eleonor para ponerlas al corriente de los acontecimientos, pero pensó que todavía le quedaban algunas cosas que ultimar con aquellos muchachos.

Aprovechando que estaban fuera de control, les dirigió la palabra:

—Escuchadme todos...

Los allí presentes se congregaron alrededor de Robert Gold esperando sus palabras.

—Puesto que nadie está conforme con la influencia que ejercitan sobre vosotros, yo os ruego que cuando estéis bajo control, tratéis de dominaros y seguir, sí podéis, las indicaciones que yo os haga.

Uno de los muchachos manifestó:

—Eso será de todo punto imposible, puesto que anulan nuestra voluntad por completo.

—Pero al menos, hagamos la prueba.

Otro de los jóvenes, dijo con desaliento:

—No dará resultado alguno… Nos tienen atrapados para toda la vida.

Robert había estado meditando sobre aquel infernal sistema y creía haber dado con la solución, pero no se atrevía a llevarlo a la práctica por si resultaba mal.

Por esto mismo, insistió:

—De todos modos, probar no cuesta nada. Así que lo intentaremos en la próxima ocasión. ¿Os parece bien?

Dieron su aprobación, aunque en el fondo estaban seguros de que no iba a dar resultado alguno.

Notaron un impulso más fuerte en la nave, una vibración pasajera, para luego volver a la normalidad.

Uno de los jóvenes apuntó:

—Nos hemos elevado.

Robert Gold se aproximó a una de las ventanas.

En efecto, estaban navegando por el aire, pero no iban a mucha altura, puesto que las nubes ocultaban la bóveda celeste.

Esta circunstancia le contrarió en gran manera, puesto que le resultaba imposible determinar el rumbo que llevaban en aquellos instantes.

Albergaba la esperanza de que se despejara en cualquier momento o que adquirieran más altura, atravesando de este modo la capa de nubes.

Más la "tetranao" prosiguió el vuelo y no veía una sola estrella que le pudiera servir de orientación y menos cualquier indicio en tierra, puesto que la oscuridad era absoluta.

Decidió entrevistarse con Ethel y Eleonor.

Sin contratiempo, llegó hasta el carromato que ellas ocupaban,

pero con gran sorpresa comprobó que allí no estaban.

En principio pensó lanzarse en su busca, pero unos pasos en el pasillo le hicieron desistir.

Procuró ocultarse para no ser descubierto en caso de que alguien se presentara allí aparte de las muchachas.

Con satisfacción comprobó que los pasos se alejaban.

Mientras permanecía oculto, le pareció oír voces lejanas, amortiguadas, pero que su fino oído captó.

Trató de averiguar de dónde venían, y descubrió que procedían del acondicionador de aire.

Mentalmente estableció una comparación entre las dimensiones de aquella enrejillada ventana y las proporciones de su cuerpo.

Llegó a la conclusión de que se podría deslizar por allí.

No lo dudó un momento. Tanteó la rejilla, pero estaba muy bien encajada, a presión.

Redobló su esfuerzo y por fin la rejilla cedió, quedando un espacio más que suficiente para ocultarse e incluso recorrer todo el sistema, contando que sus dimensiones fueran constantes.

Se introdujo y procedió a colocar la rejilla de nuevo.

De rodillas y apoyándose con las manos, comenzó a recorrer el pasadizo del acondicionador de aire y en dirección precisamente hacia donde procedían las voces.

Tuvo algunas dificultades en las bifurcaciones, que solían presentar un estrechamiento, pero con habilidad fue dominando los obstáculos.

Las voces ya eran más audibles y Robert Gold, sigilosamente, iba avanzando más y más.

Por fin dio con la estancia, y con cautela, se fue aproximando a la rejilla, procurando evitar el más pequeño ruido que pudiera delatarle.

Oyó la voz inconfundible de Helen:

—Os habéis creído muy listas, ¿no...? Pero ignoráis que poseemos nuestros medios de información. ¿Qué "Mente" os ha

visitado?

Ethel y Eleonor permanecían sentadas frente a Helen y custodiadas por dos muchachas ataviadas como las que vio de guardianas en la salida del túnel.

Ethel contestó con serenidad:

—No hemos concedido la menor importancia a eso. Es verdad que vino un hombre, pero se fue al momento.

—¿Qué os dijo?

—Nada. Parecía confuso.

—¿Cuánto tiempo estuvo con vosotras?

—O pues..., muy poco.

Helen parecía satisfecha de aquellas contestaciones, pero aún preguntó a Ethel:

—¿Por qué contestas solamente tú a las preguntas y tu amiga permanece callada?

—No sé... Por haberte dirigido a ella primero —aclaró la misma Eleonor con sencillez.

—¿Podrías reconocerle? —inquirió Helen.

Las dos muchachas se miraron y fue Eleonor quien contestó:

—La verdad es que apenas le vimos el rostro...

Helen pareció meditar un poco, para luego inquirir:

—¿Habéis dicho que estaba confuso?

—Sí, como ausente.

Las últimas palabras de Ethel parecieron disipar toda la sospecha que pudiera albergar Helen, quien posteriormente, les recomendó:

—Está bien. Tenedme al corriente de lo que os ocurra y si vuelve a aparecer, retenedle hasta que yo vaya. ¿Comprendido? Y si es que deseáis algún hombre para pasar el rato, me lo decís igual. Pero absteneros de iniciativas.

Ethel y Eleonor casi se ruborizaron por el sentido de aquellas palabras, por lo que Helen, esbozando una sonrisa picaresca,

manifestó:

—A estas alturas no me vendréis con noñerías. ¿O sí...? Anda, id a vuestro camarote que ahora tengo otras ocupaciones.

Y acompañadas por las muchachas guardianes, salieron de la estancia.

CAPITULO VII

Robert Gold, desde su improvisado observatorio, quedó tranquilo al comprobar que a las muchachas no les había sucedido nada, simple sospecha sin consecuencias inmediatas.

Admiró la serenidad de Ethel y se alegró de haber tenido el acierto por ponerlas en antecedentes sobre el comportamiento de aquellos hombres.

Esto les sirvió mucho para salir del atolladero y proporcionar un dato convincente a Helen, al suponer ésta que aquel visitante estaría bajo el efecto del control mental.

Aquella amplia estancia de la "tetranao" era un verdadero puesto de mando.

Le vino a la memoria la similitud que existía con aquella otra que vio en el Club.

Tras prefijar todo el contenido de aquella estancia, se disponía a abandonar su puesto de observación, cuando un nuevo personaje irrumpió en el lugar.

Helen se levantó respetuosa y le cedió el asiento que ocupaba.

Saludó:

—Gran Belia, muy honrada por tu visita a bordo.

—Gracias, Helen.

La llamada Gran Belia se trataba de una mujer de extraña belleza, La frente ancha, ojos grandes y de mirada profunda, su cuerpo bien proporcionado, aunque un poco baja...

Lo que más llamó su atención fue el color de la piel, de un tinte azulado.

La vestimenta ajustada, parecía de una aleación metálica y de entre los senos emergía un aparato con una boquilla.

—He venido personalmente porque hay algo muy grave que pudiera dar al traste todos nuestros planes.

—¿Qué sucede, Gran Belia?

—A bordo llevas un traidor o una traidora.

—¿En qué te fundas?

—La acción que te mandé efectuar contra la Base de Lepsina, ha sido un fracaso.

—¡No puede ser! Detecté a la perfección las explosiones.

—Dices bien, has detectado las explosiones, pero completamente inofensivas para la integridad de ese punto que resulta vital para destruir nuestro golpe definitivo.

—No puede ser, Gran Belia. Yo mandé a los hombres con las cargas, establecí la frecuencia correspondiente.

—¡Helen, no te permito que pongas en duda mis palabras! Te puede costar muy cara tu negligencia, querida. No olvides esto.

La aludida cambió de color dos o tres veces. Ya no se mostraba con aquella altanería peculiar en ella, más bien parecía una zorra acorralada.

Tartamudeó:

—Sí, Gran Belia...

—¡Mira esas fotografías recién captadas con cámara nocturna! —le manifestó airada, al tiempo que tiraba sobre la mesa unas cartulinas.

Helen las cogió con manos temblorosas y sus ojos se agrandaron al tiempo que su rostro mostraba gran asombro.

Ante su mutismo, la Gran Belia le recriminó:

—Conque no podía ser, ¿eh? ¡Ahí lo tienes, pedazo de inútil...! Todas las instalaciones intactas, las naves, los vehículos... Todo igual como antes. ¡Eres merecedora de la más despiadada tortura!

Helen seguía sin poder dar crédito a lo que veía y después, en un ataque de ira, casi chilló:

—¡Los voy a volatilizar a todos! ¡Los muy...!

Y se dirigió impetuosa para pulsar un botón en el cuadro de mandos.

La Gran Belia la contuvo con voz autoritaria:

—¡Quieta...! ¡Es lo único que sabes hacer, matar y torturar! ¿De qué te va a servir eliminarlos sin hallar al responsable y evitar que pueda repetir su fechoría en otra ocasión? Hay momentos que no tienes cabeza y sólo te dejas llevar por el instinto de hembra burlada.

Helen se contuvo para luego manifestar sumisa:

—Siempre hablas con sabiduría, Gran Belia.

—De poco me puede servir la sabiduría teniendo a seres tan inútiles a mí alrededor.

Robert se sobrecogió al pensar en la suerte de aquellos muchachos; pesaba sobre ellos el constante peligro de volatilización a expensas de aquellas mentes desalmadas.

Pero a esta preocupación se iba a añadir otra, también de suma importancia.

Aquel personaje que se llamaba Gran Belia, preguntó:

—¿Cómo siguen los agentes del Departamento de Alta Seguridad?

Robert al oír aquello se quedó sin respiración.

¡Lo que le faltaba! Y él era el responsable de haberlas metido en aquel embrollo...

Helen contestó:

—Todo se va desarrollando según el plan previsto...

Se quedó pensativa y luego iluminándose su rostro, como quien halla la solución a un problema, exclamó:

—¡Ya está! Ellas han sido las traidoras, las que han hecho fracasar nuestros propósitos... ¡Las voy a someter a tortura, las destrozaré...!

La Gran Belia la interrumpió:

—¡Cállate, insensata! Es el único papel que te va de maravilla, el de verdugo y el darte a los hombres; pero de inteligencia ni pizca.

Ante aquélla repulsa, Helen se quedó cortada en su espontáneo entusiasmo.

Continuó aquella extraña mujer con su voz de un timbre desagradable:

—Si usaras la cabeza para algo más que de adorno, descartarías esa posibilidad.

—¿Por qué? Sabemos quiénes son.

—En efecto, lo sabemos. Pero ¿cómo pueden ser ellas si han permanecido a bordo y nadie sabía, excepto tú y yo lo que se iba a hacer? A no ser que…

Miró de forma inquisitiva a Helen.

Esta casi se puso a temblar y preguntó:

—¿A no ser que…?

—Que tú te hayas ido de la lengua. La inclinación desaforada que sientes por los hombres, puede ser tu perdición, Ya te lo advertí en una ocasión,

Helen protestó:

—¡No, no es verdad! Yo no he dicho nada a nadie hasta el momento de poner en marcha el plan.

—¿Y qué explicación puedes dar al fracaso?

—Pues…, quizá hayan interceptado las órdenes y las comunicaciones a la Base…

—Helen…, compruebo que vas perdiendo facultades y tendré que tomar una determinación seria sobre ti. ¿Acaso no se las registró detenidamente antes de llevarlas a bordo?

—Sí, claro que sí…

—Entonces, ¿a qué viene toda esa sarta de tonterías?

Nuevamente Helen se sintió humillada, sin poder evitar que sus ojos despidieran chispas y un gran rencor se despertara hacia quien le hablaba tan duramente y de rechazo, hacia las muchachas agentes.

—Es que no encuentro otra explicación…

—Pues la hay, y muy contundente.

—¿Cuál?

—Si como has manifestado, no te has ido de la lengua y las únicas que lo sabíamos éramos tú y yo, el causante del fracaso ha sido alguien de a bordo. Más concretamente, alguien que ha tomado parte en la expedición.

Helen se animó al exponer:

—Con el respeto debido, he de manifestar que esto es imposible. Estaban sometidos a control mental.

Estas palabras parecieron hacer dudar a la Gran Belia.

Sin embargo, no dio el brazo a torcer, y preguntó:

—¿Cuántos hombres componían la expedición?

—Veinte.

—¿Regresaron todos?

—Sólo dieciséis.

—¿Y qué ha sido de los otros cuatro?

—Lo más seguro que hayan quedado volatilizados.

—Mal hecho. Quizá entre ellos o los cuatro en conjunto, estuviera o estuvieran los traidores.

—No podía esperar a que regresaran, de lo contrario nos exponíamos a ser víctimas de nuestros propios explosivos. Por otra parte, estando controlados...

—Convendrás conmigo que, aun con eso, esos cuatro no han regresado. Luego ahí algo ha fallado.

Helen manifestó:

—Tengo que reconocer que tienes toda la razón.

—Pero con eso me quedo... De haber investigado y recogido a esos cuatro hombres, la incógnita la tendríamos despejada, pues casi estoy segura que entre ellos estaba la clave de todo.

Robert Gold dio un respiro. Por lo menos las sospechas recaían sobre aquellos infelices desaparecidos.

En contra, se le presentaba el problema de Ethel y Eleonor.

Aquella mujer de piel azulada prosiguió:

—Este contratiempo nos ha originado un gran atraso en nuestros planes. Tendremos que efectuar un nuevo intento y en esta ocasión no admitiré fallos.

—Como dispongas.

—Y te advierto, Helen, porque te conozco un poco, que nada de ensañamientos con esas muchachas agentes. Las quiero íntegras para eliminar a los altos jefes de su Departamento de Alta Seguridad y hacernos con todos sus secretos.

—Lo tendré presente.

—Ya ves, de no haber sido por la casualidad de que aquel muchacho reconoció a la rubia, la llamada Eleonor Landis, estaríamos tan contentas de haber logrado dos colaboradoras más e ignorando que la destrucción la teníamos en nuestras propias filas. Y por cierto, ¿qué ha sido de ese chico?

—Me vi precisada a eliminarle porque de su confesión, sintió arrepentimiento y trató de ponerse en contacto con ellas. Lo sentí, pues se trataba de un buen ejemplar que podía complacer a cualquier mujer.

Y al decir estas palabras, los ojos le brillaron.

A medida que Robert iba descubriendo nuevas facetas en Helen, se convencía más de que se trataba de una mente enferma en la que tenían cabida todas las imperfecciones humanas.

—Todo cuanto hemos hablado, que quede entre nosotras. Me he desplazado hasta aquí para tener la seguridad de no ser oídas. En el campamento reina cierto descontento y sólo faltaría que se enteraran de este fracaso.

—Lo silenciaré, Gran Belia.

—Es conveniente, de lo contrario nos retirarán su apoyo y entonces sí que podríamos despedirnos de nuestros planes. La cosa cambiará cuando hayamos conseguido el triunfo. Entonces sabrán esos imbéciles quién es la Gran Belia y su lugarteniente Helen.

—Ya lo creo que lo sabrán. No podrán con nosotras, Gran Belia.

—Cuando llegues al campamento, ni una sola alusión a la entrevista que hemos mantenido.

—De acuerdo, pero si se enteran de la nueva acción contra la

Base...

—Se enterarán o no, eso ya lo determinaré en el momento preciso. Entretanto, silencio absoluto.

—Cumpliré tus deseos.

—Y ahora me voy. No quiero que sea notada mi ausencia. Aunque he hecho uso de mi vehículo particular y salida secreta, puede presentarse cualquier eventualidad...

—De todos modos, quien haya hecho las fotografías...

—¡Las he hecho yo misma, imbécil! ¿Cómo crees que puedo fiarme de los demás? ¡Ah! Y demora la llegada al campamento otras dos jornadas.

Todo el entusiasmo de Helen fue cortado por aquellas bruscas palabras.

Se calló y sin decir nada más, aquella mujer desapareció por la puerta secreta, por la que hizo su aparición.

Helen tomó asiento en el lugar que ocupara la otra, mientras daba rienda suelta a su furor contenido.

Dio un puñetazo sobre el tablero, al tiempo que exclamaba llena de desprecio:

—¡La imbécil eres tú, asquerosa azul...! Llegado el momento, ya sabrás quién soy yo... ¡Te he de despellejar con mis propias uñas...!

El odio, el furor, la rabia, se reflejaban en aquellos momentos en el rostro femenino, que no tenía nada de bonito en los instantes que estaba atravesando.

CAPITULO VIII

Robert Gold todavía prolongó su estancia en el lugar privilegiado que ocupaba, para ir examinando la clase de aparatos que allí habían y su utilidad.

Vio cómo Helen accionó una palanquita y acto seguido se iluminó una pantalla, viéndose a la Gran Belia cómo se introducía en un diminuto bólido aéreo, para luego abrirse una compuerta y

abandonar la "tetranao".

Accionó otra palanca y en la pantalla aparecieron unos círculos concéntricos y llegó un momento en que el bólido estaba situado en el centro luminoso.

Robert supo al momento que se trataba de un visor electrónico y que de hacer uso del disparador, el bólido aéreo con su ocupante hubieran quedado fulminados.

Helen, mirando a la pantalla y con el odio reflejado en sus ojos, monologó amenazadora:

—Estoy más que harta de soportar tus impertinencias y humillaciones, asquerosa azulada. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no mandarte al infierno. Pero no te librarás que lo haga en la ocasión propicia.

Después conectó otra pantalla en la que apareció la cabina de mando de la "tetranao" y ordenó a las muchachas:

—Rumbo Este y posteriormente inmersión.

Robert entonces procedió a abandonar su lugar privilegiado y fue retrocediendo por el acondicionador de aire.

Cambió de posición al llegar a una bifurcación y entonces, siempre a gatas, fue avanzando de cara y en dirección hacía el camarote que ocupaban Ethel y Eleonor.

Llegó a la rejilla que interceptaba la salida, miró a través de la misma y descubrió a las jóvenes, que permanecían calladas y preocupadas.

Esbozó una sonrisa y de no ser porque la situación era grave para ellas, les hubiera gastado una broma.

Llamó muy quedo, por si tenían apostada guardia en la puerta:

—Ethel, Ethel...

La muchacha se volvió sobresaltada hacia dónde procedía la voz.

Preguntó a Eleonor:

—¿Has oído algo?

—Sí, me ha parecido oír tu nombre.

Robert, con el mismo tono de voz, manifestó:

—Sí, habéis oído bien. Soy yo, Robert...

—¿Eh...?

Y Ethel, al igual que Eleonor, se cubrieron instintivamente las partes del cuerpo que descuidadamente habían quedado al descubierto.

Robert les advirtió:

—No os mováis de donde estáis. Permaneced naturales y escuchadme con atención.

Las dos jóvenes obedecieron.

—Como podéis comprobar, estoy en el túnel del acondicionador de aire. Con disimulo, observad si existe algún micrófono y objetivo oculto.

Las muchachas efectuaron la inspección solicitada.

Al cabo de un rato fue Ethel quien, aproximándose a la rejilla como por casualidad, le susurró:

—Existen ambas cosas.

—Me lo temía... Lo que vais a hacer es quitaros el traje y meteros en la cama. Como un hecho puramente fortuito, tirad cualquier prenda adonde está el micrófono, para aislarlo lo más posible. Una vez en las literas, apagáis las luces.

—Pero...

—Sí, ya sé... Os doy mi palabra de cerrar los ojos y mantenerlos así hasta que me avises.

Ethel dudó un momento, pero luego, en voz alta, con toda normalidad, manifestó:

—Me voy a acostar. Estoy un poco fatigada. ¿Y tú, Eleonor?

—Pues también estoy cansada, aunque no tengo mucho sueño.

—Lo mejor que puedes hacer es acostarte. Al menos, si no concilias el sueño, descansarás.

Ante la insistencia de Ethel, Eleonor con un movimiento de ojos, le recordó que Robert podía verlas.

Captó lo que le insinuaba, por lo que contestó:

—Lo que tienes que hacer es no preocuparte y hacer lo que te digo.

Comprendió, al ver que Ethel comenzaba a desprenderse de su traje, que algo había convenido con Robert, y se convenció totalmente cuando una de las prendas íntimas de su compañera fue a parar precisamente encima de donde estaba el micrófono oculto.

Procedió a desnudarse y cuando terminó, se introdujo en la litera con su atavío de dormir.

Entonces Ethel procedió a apagar la luz, deseándole a Eleonor antes de hacerlo:

—Que descanses.

—Igualmente, Ethel.

Momentos después la misma Ethel abandonó la litera, aseguró que el micrófono estuviera bien tapado y luego advirtió a Eleonor:

—No enciendas para nada la luz y levántate.

Después, todo en la más completa oscuridad, se fue hacia la rejilla de ventilación y llamó quedamente:

—¿Robert...?

—Sí.

—Ya he hecho lo que me has dicho.

—Bien... Sujeta con las manos la rejilla para que no se caiga y arme ruido. Voy a empujarla y salir de aquí.

—De acuerdo.

Robert, momentos más tarde, estaba ya fuera de su escondrijo, llamando:

—¿Ethel...?

—Aquí estoy.

Alargó el brazo en la oscuridad y su mano tropezó con el rostro de ella.

La cogió por uno de sus brazos y al contacto directo con su piel

tibia y suave, sintió una grata sensación que alteró sus sentidos.

—Ven, acércate más…

Le advirtió a tiempo que la atraía hacía él. La muchacha no se opuso y Robert notó el contacto de aquel cálido y delicioso cuerpo.

Nunca había tenido a su amada tan cerca.

Efectuando un gran esfuerzo, logró controlarse para preguntar, procurando que su voz no fuera traicionada por la emoción que le embargaba:

—¿Y Eleonor?

—Aquí —contestó la aludida.

—Procura ir hacia la puerta sin hacer ruido, la abres con sigilo y observa si hay alguien de guardia. Luego te vienes junto a nosotros.

Eleonor así lo hizo, mientras que Robert seguía manteniendo junto a él a la escultural Ethel y sin ninguna oposición por parte de ella. Casi le dio la impresión que lo aceptaba con agrado.

A poco la muchacha volvió adonde estaban ellos. Dijo:

—Ahí fuera no hay nadie.

—Estupendo. Acércate un poco más, Eleonor, y escuchadme con atención,

Eleonor se fue aproximando hasta tropezar con el hombro izquierdo de Robert.

Así, con una joven a cada lado y los tres de pie en medio de la oscuridad, el muchacho comenzó:

—Vine aquí para poneros al corriente de lo que he descubierto y de los acontecimientos acaecidos, pero este lugar estaba vacío.

—Nos llevaron a presencia de esa mujer…

—Sí, lo sé, ante Helen.

—¿La conoces?

Preguntó impetuosa Ethel al tiempo que adquiría cierta rigidez y se separaba un poco de Robert.

Este se arrepintió al momento de ser tan explícito, pues no

olvidaba que la tirantez entre Ethel y él fue por causa precisamente de una mujer.

Contestó:

—Sí, pero no viene al caso. A su cargo esta la "tetranao" y todo el tinglado del Club Steel.

—¡Ya...!

Fue todo el comentarlo de Ethel.

Eleonor estuvo a punto de preguntarle si también le había servido de "doncel", pero pensando lo mal que sentó esta alusión a su amiga, se limitó a preguntar:

—¿Y cómo sabes que ha sido ante ella?

—Por la sencilla razón que os he visto cuando estabais sometidas al interrogatorio.

—¿Desde dónde y cómo?

Trató de averiguar Ethel, un tanto molesta.

—Querida, si comenzamos con preguntas tontas, nos va a pasar un tiempo que puede ser precioso, ya no sólo para nuestros planes, sino para el pellejo de cada uno...

Hizo una pequeña pausa y continuó:

—Luego que os haya puesto al corriente, podéis hacer todas las preguntas intrascendentes que se susciten en vuestras hermosas cabecitas.

Un tanto molesta, Ethel le contestó:

—Está bien, no te interrumpiré más.

—Ni yo —corroboró Eleonor.

—Espero que sea de este modo. Como os decía, llegué aquí sin encontraros...

Les fue relatando cómo tuvo que ocultarse, el descubrimiento del paso tras la rejilla...

—Por cierto, he de felicitaros por el acierto que habéis tenido en vuestras respuestas, convenciéndola de que no me conocíais, sobre todo al mencionar lo de que estaba confuso, como ausente...

—¡Psé...! Se hace lo que se puede —comentó irónica Ethel.

—Y ahora viene lo más grave de la cuestión...

Habló de nuevo Robert, haciendo caso omiso de la alusión de Ethel para no enzarzarse en discusiones.

—Luego de iros vosotras, apareció una mujer rara que llaman Gran Belia. Por lo que he deducido, debe tratarse de la jefa suprema o algo por el estilo. Pues bien, están enteradas de que sois agentes del Departamento.

Ethel tuvo un ligero estremecimiento, seguramente producto de la sorpresa, e instintivamente se aproximó más a Robert.

Luego preguntó:

—¿Y cómo lo han sabido? ¿Por alguien perteneciente al Departamento?

—No, por esta parte he quedado tranquilo. Ha sido una fatal casualidad, por un muchacho que conocía a Eleonor.

—¿A mí...? —inquirió extrañada la aludida.

—Eso han dicho, con tu nombre y apellido. Seguro que posteriormente han hecho pesquisas, llegando a la confirmación de vuestra condición de agentes.

—¿Y no han dicho quién era el muchacho que me reconoció?

—No. Lo único que sé, por haberlo dicho ellas, es que al parecer el muchacho se dio cuenta demasiado tarde de su imprudencia. Pretendió avisarte, descubrieron sus intenciones y ha sido eliminado.

—¡Pobre chico...!

Las muchachas se quedaron calladas y fue Ethel quien habló primero:

—En este caso, nuestra labor es nula.

—No para sus planes.

—¿Qué insinúas?

—De no resultarles de utilidad, lo más seguro que a estas horas ya no existiríais. Son gente que carece de escrúpulos.

Un nuevo estremecimiento en Ethel por la crudeza de sus

palabras.

Robert sabía que esto no era por cobardía, pues tenía pruebas de su audacia en otras intervenciones arriesgadas y coronadas por el éxito; él sabía que era de resultas de la sensibilidad que albergaba su corazón y que ella pretendía mantener oculta.

Robert fue deslizando la mano que se apoyaba en su hombro desnudo, por la espalda de la exquisita joven, para luego rodearla con su brazo por la cintura y atraerla más hacia él.

Ella se mostraba sumisa; es más, su cabeza se apoyó en el amplio pecho masculino, como una muda demanda de amparo.

En la joven se había producido un cambio radical, seguramente el de los momentos cruciales del peligro, en que se dejan a un lado todo vestigio de prejuicios, para dar paso a manifestar o demostrar los verdaderos sentimientos del ser humano.

Robert, por un momento, se olvidó de todo para vivir intensamente aquella dicha que le ofrecía el presente, el poder tener materialmente abrazada a la mujer de sus sueños.

No pudo sustraerse a depositar un cálido beso en la frente de la muchacha; le dio la impresión de que ella se apretujó más a él y lanzaba un tenue suspiro.

Casi odió a Eleonor por ser la causante involuntaria de cortar toda aquella gama de pensamientos y sensaciones, al preguntar preocupada:

—¿Y qué papel nos asignan?

Tardó un momento en contestar:

—Lo que pretenden de vosotras es que eliminéis a los altos jefes del Departamento y os apoderéis de todos los secretos para utilizarlos, naturalmente, en su beneficio.

Eleonor saltó impulsiva:

—Pues no lo conseguirán de nosotras.

A lo qué replicó Robert:

—Estando conscientes de vuestros actos, seguro que no. Pero si os someten a la transformación, entonces os convertiréis en robots a su servicio.

—Ethel, suplicó:

—No lo consientas, Robert. Esto sería monstruoso.

Tras depositar un beso en la tersa frente de ella, le contestó:

—Procuraré con todas mis fuerzas que esto no ocurra. Quiero tu mente íntegra para mí.

Eleonor protestó:

—¡Vaya...! Y a mí que me parta un rayo, ¿no?

—Mujer, como comprenderás, las dos estáis bajo mi cuidado, mi responsabilidad.

—De acuerdo, pero como has personalizado...

Robert no hizo caso de las últimas palabras de Eleonor y prosiguió:

—Bueno, ahora ya sabéis a qué ateneros referente a vuestra situación. Referente a lo que a mi me ha pasado y he descubierto hasta el momento...

Las puso en antecedentes sobre la incursión de sabotaje que él hizo abortar; la entrevista borrascosa, en un principio, con aquellos jóvenes de mentes controladas, el final amistoso; el descubrimiento de la Gran Belia que en la Base de Lepsina nada había sucedido y el odio y furor de Helen.

Concluyó:

—Si no fallan mis planes, con la ayuda de esos pobres muchachos, conseguiremos la desarticulación de toda esta cuadrilla.

La admiración y el cariño de Ethel, se desbordó.

De nuevo Eleonor fue la causante de la ruptura de aquel éxtasis:

—¡Eh...! ¿Estáis ahí...? No sé por qué, me estoy temiendo que me habéis convertido en invisible "carabina..."

Robert en aquellos momentos la odió con todas sus fuerzas, pero no tuvo más remedio que volver a la realidad.

Malhumorado, contestó:

—Sí, estamos aquí. Pero me voy ya.

Ethel, dándole un beso a los labios, le recomendó:

—¡Cuídate mucho, mi vida…!

—Sí, cariño. Así lo haré…

A poco Eleonor, exclamó gozosa:

—¡Enhorabuena, muchachos! Y ya sabéis que podéis disponer de este nidito. Yo, como el símbolo de los monos ésos, soy ciega, muda y sorda…

Por lo bajo rieron la ocurrencia y sin más Robert decidió abandonar tan grata compañía.

CAPITULO IX

Robert Gold no quiso salir por la puerta por si habían establecido alguna vigilancia, inclinándose a efectuarlo por el sistema de acondicionamiento de aire.

Poseía un buen instinto de orientación y como era de esperar el suministro de aire se efectuaría a todas las estancias.

Por lo tanto utilizaría este medio que le ofrecía plena seguridad para sus correrías.

Antes de despedirse de las muchachas les recomendó que colocaran la rejilla en su lugar, que despejaran el micrófono y permanecieran acostadas.

Auxiliado por una diminuta batería que emitía un fino haz de luz, fue recorriendo aquel improvisado pasadizo tratando de localizar el almacén, contiguo al cual tenían el alojamiento los demás muchachos.

Conforme iba avanzando comprobó que seguía una línea paralela, más o menos, al pasillo que daba acceso a los camarotes o estancias.

Llegó a un punto en donde existían cinco trayectos, cuatro horizontales y uno perpendicular y hacia abajo.

Se decidió por este último, puesto que el alojamiento lo tenían situado en un piso inferior.

Tanteó las paredes y una vez comprobada la solidez, fue descendiendo apoyándose con rodillas y manos presionando sobre las mismas paredes, a modo de escalada de "chimenea" de los montañeros.

Por el trayecto recorrido en descenso, dedujo que ya estaría cerca del piso inferior.

En efecto; nuevas divisiones, y optó por la que quedaba a su derecha y en posición horizontal.

Minutos más tarde se hallaba tras la rejilla que le separaba del almacén, iluminado por una tenue luz a aquellas horas en que la

mayoría de a bordo estaban dedicados al descanso.

Oteó el recinto y no vio a nadie. Presionó la rejilla y una vez cedió, salió para luego volver a situarla en su primitiva posición.

Hizo unas flexiones de piernas y brazos para desentumecer sus miembros agarrotados por aquella posición forzada.

Notó gran alivio y después, sigilosamente, fue a ocupar su litera.

Trató de conciliar el sueño, pero la imagen de Ethel, no se apartaba de él, dándole la sensación de que todavía la tenía a su lado y recibía sus besos.

Luego sus pensamientos se centraron en la urgencia que tenía por librar a aquellos muchachos del yugo a que estaban sometidos, del control de sus mentes.

Decididamente se inclinó por exponerles la cuestión cuando estuvieran despiertos.

Cuando esto sucedió, hizo que uno de ellos permaneciera de guardia para que avisara de la proximidad de alguien.

El ya sabía, por haberlo inspeccionado minuciosamente con anterioridad, que allí no habla micrófonos ocultos ni objetivos que pudieran captar sus imágenes.

Les habló:

—Me he propuesto libraros de la amenaza constante a que estáis expuestos, es decir, anular el control que ejercitan sobre vosotros, y lo que es más importante, el peligro constante de volatilización.

Le miraron un tanto incrédulos.

—Como sabéis, el experimento que hicimos de pretender contrarrestar el dominio de vuestras mentes en cuando estáis bajo control, no ha dado el resultado apetecido.

Hicieron un gesto como dando a entender que no les sorprendía, que ya lo esperaban de este modo.

—He de advertiros que han descubierto que la incursión de sabotaje ha sido un fracaso y que todo sigue del mismo modo en la Base.

Uno de los muchachos comentó desalentado:

—Pues no tardaremos en desaparecer. Lo que me extraña es que no lo hayan hecho ya.

—Lo que terminas de decir estuvo en un tris de ser amarga realidad.

—¿Y por qué no lo han hecho? —inquirió otro de los allí presentes.

—Pues, aunque resulte paradójico, gracias a la intervención de la que llaman Gran Belia. Si hubiera sido por la otra, por Helen, a estas horas no existiríais.

Luego les explicó que atribuían el fracaso de la misión a la existencia de un traidor y posteriormente que las sospechas habían recaído sobre los cuatro compañeros que no acudieron a reunirse con ellos,

Les informó también del descubrimiento de la conducción de aire que, dado el momento propicio, podrían utilizar para ocultarse o dar el golpe definitivo.

—Por todo lo que os he expuesto, urge llevar a la práctica lo que he estado meditando desde que llegó a mi conocimiento el modo como os tienen atrapados.

—¿Y qué es ello? —inquirió el muchachote aquel con quien primero entabló conversación.

—Pues anular el sistema de control de vuestras mentes, de vuestra voluntad al servicio de ellas.

—Esto ya lo hablamos en una ocasión y será imposible.

—¿Por qué?

—Según terminas de decir, hiciste la prueba de influir nuestras mentes hallándonos controlados, insistiendo en que desobedeciéramos sus mandatos, y sin un resultado positivo.

—Cierto, y por eso hay que intentar lo otro.

—No sé cómo...

—Me explicaré... No os voy a ocultar que lleva consigo un riesgo que pudiera costaros la vida.

Ante sus últimas palabras, el muchacho aquel replicó:

—Ya en una ocasión te manifesté que esto, para nosotros, no tiene la menor importancia. Llegado el caso, casi lo consideramos como una liberación.

—De acuerdo, pero sois seres humanos como los demás y tenéis derecho a la vida. Por otra parte, os necesito para que me ayudéis a la destrucción de esta cuadrilla de malvados.

—Ya de antemano te aseguro que si logras librarnos de ese dominio, nos tendrás incondicionalmente a tu entera disposición, haciendo lo que nos mandes.

—No esperaba más de vosotros.

—Entonces, lleva a la práctica tu plan.

—Existe por medio un problema de conciencia, y es que ignoro si el resultado será positivo. En el caso de que no salga bien, me sentiré responsable de la destrucción de una vida humana, de un semejante.

—De todas maneras, nuestras vidas están pendientes del capricho de quienes nos controlan, y tarde o temprano, a todos, invariablemente nos espera el mismo final.

—Pero…

—Mira, déjate de escrúpulos de conciencia y empieza ahora mismo y conmigo precisamente.

Robert Gold se emocionó de las palabras y valentía de aquel muchachote que parecía el jefe de los restantes jóvenes, puesto que en más de una ocasión pudo comprobar que acataban sin replicar sus decisiones.

—Bien, en vista de tus palabras, y sin ocultar que siento cierto temor, voy a efectuar el experimento contigo. De dar un resultado positivo, entonces continuaría con los demás.

—De acuerdo. Puedes empezar cuando quieras.

Robert se desprendió del casco que cubría cabeza y cuello, y señaló el disco frontal que invariablemente llevaban todos y era componente indispensable de su atavío.

—Como podéis apreciar, el disco contiene dos bornes o electrodos que están en contacto directo con el cuero cabelludo. Este disco contiene la célula receptora del control.

Todos se fijaron en lo que les estaba mostrando y esperaron a que continuara en su explicación.

Robert prosiguió en su disertación:

—Estos electrodos, como conductor, se valen del mismo cuerpo humano, estableciendo un campo estático y en equilibrio entre disco y brazalete, siendo este último el elemento de carga principal.

Hizo una breve pausa, para continuar:

—El disco capta las órdenes a una frecuencia determinada y manda los impulsos al brazalete y conjuntamente controlan al individuo, a su mente.

Uno de los jóvenes inquirió, interesado en cómo podía funcionar todo aquello:

—¿Y cómo pueden originar la volatilización?

—Se puede producir de dos maneras: A voluntad de quienes os controlan, emitiendo una frecuencia constante y elevada, o bien al desposeer del disco al individuo.

—Pues nosotros estábamos convencidos que era al quitar el brazalete.

—Existe una íntima relación entre ambos elementos. Al sustraer el disco, se establece un desequilibrio y la carga se va acumulando en el brazalete, que a poco, es suficiente para fulminar a quien haya estado sometido a esa influencia.

—¿Cómo lo vas a evitar?

—A la conclusión que he llegado es que los impulsos o corriente establecido entre disco-brazalete, al efectuarse a través del mismo cuerpo, éste actúa de filtro, ofrece una resistencia absorbiendo parte de la carga.

Se humedeció los labios, para seguir:

—Si es como pienso, estableciendo una comunicación directa entre los dos elementos, es decir, disco y brazalete, ese mismo exceso de carga destruirá el mecanismo del brazalete que es, en definitiva, el que alberga la fuerza destructiva.

Las caras de aquellos muchachos se animaron ante la esperanza de quedar libres de aquel yugo que tan despiadadamente les tenía

atrapados.

El joven que se había prestado a que efectuara el experimento con él, se impacientó:

—Pues ya puedes empezar cuanto antes.

—Ya he dicho que... —trató de resistirse Robert.

—Y yo te digo que adelante.

Sin más dilación, Robert procedió a establecer, por medio de un conductor de envoltura aislante y que se ocultaba bajo el traje del muchacho, la conexión directa entre el disco y el brazalete.

Todos los allí presentes estaban pendientes de las manipulaciones de Robert, permaneciendo en absoluto silencio y con la ansiedad reflejada en sus rostros.

Al cabo de un rato, Robert dijo:

—Ahora llega el momento más peligroso de la operación; desconectar el electrodo del brazalete que va incrustado en la carne.

Robert Gold parecía dudar y el mismo muchacho le infundió ánimos:

—¡Adelante! ¡Decídete ya!

Robert, con expresión de quien solicita perdón por un daño que puede originar, con mano temblorosa al principio y con firmeza después, procedió a cortar el electrodo.

Fue sólo un momento, pero los segundos se le antojaron angustiosos siglos.

Por de pronto algo se había logrado, algo positivo y de gran importancia.

¡La volatilización no se había originado!

A la intensa emoción de lo logrado, sin transición, se presentó un síntoma que hacía prever el desastre.

Hubo un momento en que creyó lo peor, que lo temido fuera una realidad amarga, y fue que del brazalete comenzó a salir un humo blanquecino y el muchacho se desplomó desvanecido.

El desaliento se apoderó de todos los asistentes, que por un

momento muy fugaz albergaron grandes esperanzas.

Robert se inclinó inmediatamente para atenderle, comprobando que los latidos del corazón iban recobrando su normalidad.

Esta circunstancia le tranquilizó en gran manera.

A poco el color volvía a las mejillas del desvanecido, para luego abrir los ojos y preguntar:

—¿Qué ha pasado?

Robert lanzó un suspiro de alivio, para después contestarle sonriente:

—Nada, un pequeño desmayo, seguramente a consecuencia de la descarga acumulada en tu mismo cuerpo.

El muchacho se miró incrédulo, para preguntar titubeante:

—¿Luego, ha sido un éxito tu experimento?

A lo que Robert le contestó un tanto jocoso:

—Por lo menos, creo yo que no te has volatilizado.

Pasada la angustia del momento, los demás rieron nerviosos, dando paso a un gran contento por el resultado obtenido y acosaron a Robert para que hiciera lo mismo con ellos.

—Un poco de calma... Quedamos en que efectuaría el experimento con uno, y si daba resultado, seguirían los demás.

—¡Pero lo ha dado! —exclamó uno, gozoso.

—Claro que lo ha dado, y ahí está completamente recuperado — confirmó otro.

Robert trató de calmarles:

—Sí, en principio ha salido bien... Ahora nos falta saber si cuando os sometan a control, no ejercerán influencia sobre él. Os prometo que si es así, como espero, en seguida quedaréis libres.

La alegría imperaba entre aquellos infelices que veían la posibilidad de poder volver a la normalidad, de no seguir siendo unos robots que se les manejaba en contra de su voluntad.

Robert, dirigiéndose al "operado", le advirtió:

—No te olvides que, llegado el momento en que ejerzan el control, debes de comportarte como si estuvieras sometido al mismo, con la finalidad de no despertar sospechas. Esta será el arma más eficaz que emplearemos y con la que daremos el golpe final. Yo ya te preguntaré si te sientes libre de esa influencia.

—De acuerdo. Así lo haré.

—Esta advertencia que le he hecho a él, que os sirva también a vosotros posteriormente.

Todos asintieron, dando su conformidad.

—No olvidaos que éste será nuestro secreto y hay que mantenerlo a toda costa.

—Así lo haremos —contestaron unánimes.

—Quiero que tratéis de prefijaros, bien esto en vuestras mentes. Por nada del mundo habéis de manifestar cuanto habéis presenciado. En ello está en juego vuestra libertad.

Un temor se apoderó de quienes todavía estaban expuestos a control, por si ellos mismos se traicionaban.

—¿Y si nos sacan la confesión? —expuso uno de ellos.

—Quedad tranquilos, no podéis contestar a una pregunta de un hecho que ignoran. Por eso os ruego que realicéis un esfuerzo por olvidar todo cuanto os he dicho y he hecho.

—¿Crees que lo lograremos?

—Creo que sí. Y ahora sólo nos queda esperar para saber el resultado definitivo.

CAPITULO X

Robert fue requerido a presencia de Helen, que le aguardaba en su camarote.

Sólo aparecer, comprobó que los ojos de ella estaban brillantes, y de buenas a primeras, le dijo:

—¡Abrázame, Robert...!

El se mantuvo en el papel que representaba, en el de robot, ya que de ello no solamente dependía la seguridad de él, sino la de las muchachas y de aquellos infelices.

—¡Vete de mi presencia! ¡No, no es posible...! ¡Fuera de aquí...!

Con manifiesta indiferencia, Robert salió del camarote.

Al quedar sola, Helen compuso con rabia sus ropas.

Una mujer recuerda perfectamente al hombre por el que ha sentido alguna inclinación.

Por más que trató de disimularlo, ella sabía que aquel hombre no era más que Robert, Robert Gold al que nada más verle lo quiso para ella, el único hombre que la hizo sentir plenamente como mujer.

Parecía una fiera enjaulada en aquel camarote, dando patadas, puñetazos para desahogar su desesperación.

Se preguntaba una y otra vez:

—¿Por qué está convertido en mente controlada...?

Se estrujaba la frente, se mesaba los cabellos, para seguir monologando:

—Y es él, es él... Al contacto de sus labios he sentido lo de la primera vez, lo mismo... Mi corazón me lo dice, me lo dice...

De pronto se quedó parada en medio de la estancia y sus ojos se agrandaron, se cerraron con fuerza inusitada sus puños hasta que los nudillos quedaron blancos.

Exclamó:

—¡La muy...! ¡Eso no puede ser más que obra de esa asquerosa azulada...! ¡Maldita una y mil veces por estropearme y condenar a una muerte temprana al único hombre que ha significado algo en mi vida...!

Se dirigió a la estancia contigua y ordenó con voz desabrida:

—¡Rumbo al campamento! ¡Inmediatamente!

Una voz, también femenina, contestó:

—Está amaneciendo. Tenemos prohibido...

Helen, altamente contrariada, no la dejó terminar,

interrumpiéndola:

—¡He dicho que al campamento y aquí se hace lo que yo digo! Como te atreves a desobedecer mis mandatos, te juro que no verás la luz del día.

La otra no contestó. Por lo visto la amenaza había hecho su efecto, puesto que luego de emerger de las aguas, estaban volando a gran altura.

Helen seguía en su estado de excitación, y recaía todo su furor en aquella mujer a la que no podía tragar.

—¡Maldita azulada...! ¿Mira que hacerme eso a mí...? Claro, es una repugnante mujer en quien no se puede fijar un hombre que se precie de serlo... Envidia es lo que la consume por mis éxitos... Y encima, todavía me recomienda que tenga cuidado con los hombres... ¡Qué más quisiera ella!

* * *

Cuando Robert Gold abandonó el camarote de Helen, todavía estaba extrañado del cambio tan brusco que tuvo.

Aún considerando lo variable que era, aquello se salía de la normalidad.

Pasó por delante del camarote que ocupaban Ethel y Eleonor.

Estuvo a punto de entrar, pero pensándolo mejor, pasó de largo.

Tenía que meditar sobre lo acaecido y por otra parte, le esperaba la tarea de liberar a los demás muchachos.

Estos le recibieron con muestras de gran impaciencia, por lo que Robert manifestó:

—Por vuestras caras, ya os supongo enterados de que hemos tenido un éxito rotundo, ¿no?

—Si, sí, ya nos lo ha dicho él, —contestó uno de los jóvenes, aludiendo al muchacho con quien experimentó.

—Pues bien, cuanto antes empecemos, mejor. ¿Quién quiere ser el primero?

Todos deseaban ser los primeros y Robert tuvo que decirles:

—Tenemos tiempo para todos, así que un poco de paciencia. Si fuera preciso, unos ayudarán a los otros.

—Preferimos que lo hagas tú.

—Pues manos a la obra.

Uno tras otro se fueron sometiendo a la "operación". Algunos tardaron más de la cuenta en reaccionar a consecuencia de la descarga acumulada en el cuerpo, pero gracias a los cuidados de Robert en someterlos a respiración artificial y en algunos casos a masaje cardíaco, la cuestión no pasó de ser un mero susto.

El trabajo fue muy laborioso y agotador, pero Robert se sentía satisfecho al contemplar aquellos semblantes jóvenes llenos de vida y alegría que no sabían cómo demostrarle su agradecimiento.

Pero el resultado final de la entrevista con Helen, no se apartaba de su mente.

La subconsciencia le apuntaba que había de existir un motivo suficientemente importante.

Sí, estaba seguro de ello, pero no daba con la clave de ninguna de las maneras.

Una conmoción general se originó entre los allí reunidos al recibir llamada de control:

—Mentes, nos dirigimos al campamento. Estad dispuestos a todos, puede haber lucha. La Gran Belia, nos ha traicionado, y hay que terminar con ella. Pero la quiero viva en mis manos. ¿Entendido?

Como de costumbre, antes de efectuar cualquier llamamiento, se ejercía ya el control en sus personas y se colocaban frente a la pantalla que había a la entrada de la estancia-almacén.

En silencio todos asintieron y momentos después la pantalla se apagó.

Robert Gold se fue interesando sobre el resultado de lo que había llevado a la práctica, e invariablemente, cada uno le fue confirmando que no se sentían dominados.

Todos ellos no podían ocultar su satisfacción particular por tal hecho, sin poder crédito a aquella realidad, y la alegría imperaba

entre ellos.

Robert consideró conveniente recordarles:

—No olvidéis lo que os dije. Este es nuestro secreto y tienen que seguir estando convencidas que su control funciona a la perfección.

Todos prometieron comportarse según los deseos de Robert.

Este volvió a considerar el comportamiento extraño de Helen y tras darle vueltas al asunto, llegó a la conclusión, casi al convencimiento, de que le había reconocido.

Se dijo:

—Y siendo así, ¿cómo su reacción intemperante…? Esta particularidad no me la explico de ninguna de las maneras.

Decidió no darle más vuelta al magín y a través del acondicionador de aire se encaminó al camarote de las muchachas.

El recibimiento de Ethel fue efusivo, sin tratar de ocultar sus sentimientos.

Eleonor sonrió socarrona, al tiempo que manifestaba:

—Si molesto, me esfumo por donde has venido, Robert.

Ethel le contestó:

—No hace falta, puesto que lo sabes todo.

—Pero es que vuestras miradas destilan tanta miel que voy a quedar empachada…

A lo que le sugirió Robert:

—Pues mira, aplícate lo que mencionaste de los monos, pero de verdad, nada de simbolismos.

—¡Qué más quisieras tú…! Tengo que estar muy atenta para aprender a conquistar al hombre, que todavía no he atrapado uno.

Ethel y Robert rieron la ocurrencia de la simpática Eleonor.

—Bueno, he de participaros que podemos contar con el apoyo de los muchachos, puesto que he anulado en ellos el sistema de control a que estaban sometidos.

—¿Y cómo lo has logrado? —quiso saber Ethel.

Robert les explicó el procedimiento que había utilizado, advirtiéndoles:

—Así que aunque les veáis actuar como controlados, lo están fingiendo y en cualquier momento podéis recabar su ayuda, Están enterados de vuestra existencia a bordo.

—Es un consuelo saber que podemos contar con su ayuda.

—En efecto, Pero no os fiéis de las muchachas, tanto las controladas como las que no lo están.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón que las primeras reciben órdenes, no están liberadas, y las segundas son fieles adictas a quien manda aquí.

No quiso mencionar el nombre de Helen por temer que todo lo que había ganado con Ethel, lo más seguro es que lo perdiera dado el carácter de la muchacha.

—También he de manifestaros que por fin vamos al campamento que tienen oculto.

—¿Y tú crees que lograremos nuestros fines, Robert?

—Para eso estamos aquí. Si es preciso recabar ayuda del Departamento, lo haremos.

Terminaba de decir estas palabras cuando pudieron oír pasos en el pasillo.

En un abrir y cerrar de ojos, Robert se introdujo en el sistema de ventilación que, obturó con la rejilla.

Ethel y Eleonor destaparon posteriormente el objetivo de la cámara oculta, al igual que el micrófono.

Una vez realizado esto, adoptaron una actitud de plena normalidad, como si allí no hubiera pasado nada y siguieran en su soledad.

La propia Helen, acompañada por dos de su escolta, se presentó en el camarote.

Las muchachas permanecieron sentadas como si nada, a lo que Helen manifestó furiosa:

—Acostumbraros a permanecer en pie, cuando estéis ante mi

presencia.

Las dos jóvenes se fueron levantando con lentitud.

Helen prosiguió:

—He notado ciertas anomalías en vuestro comportamiento… Por ejemplo, ¿por qué habéis velado el objetivo de televisión y el micrófono?

Ambas, como puestas de acuerdo, mostraron asombro ante la pregunta formulada.

Las facciones de Helen se endurecieron más al proseguir enfurecida:

—¿Queréis decirme que ignoráis esto, cuando hay prendas en las inmediaciones de los lugares que ocupan? —inquirió a tiempo que las señalaba.

En efecto, dado la premura del caso, tanto a Ethel como a Eleonor, no les dio tiempo más que para tirar de las ropas que cubrían objetivo y micrófono y dejarlas a su lado.

Ethel compuso la más inocente fisonomía, al preguntar:

—¿Pero hay estas cosas aquí…?

—Pretendes hacerte la graciosa, ¿eh?

Inesperadamente la mano de Helen se movió rápida y fue a incrustarse en la tersa mejilla de Ethel con un seco chasquido, sin que ésta pudiera hacer nada para evitarlo.

—Os creéis muy listas, ¿verdad? Pues os equivocáis. Sé quiénes sois e igualmente sé que mentisteis al decir que no conocíais al hombre que os visitó.

Las dos muchachas intercambiaron una mirada y fue Eleonor la que protestó:

—Dijimos la verdad, no…

—¡Cállate! ¿Queréis decirme con quién estabais hablando hace un momento?

—Pues entre nosotras.

—¡Mentira! He amplificado las voces y aunque sin entender la

conversación, hay la voz de un hombre. ¿O acaso alguna de vosotras es ventrílocuo y para consolaros os hacéis la idea, a falta de pan…?

Ethel y Eleonor guardaron silencio, tanto por el descubrimiento como por la alusión.

—¿Conque no queréis hablar…?

Acto seguido, dirigiéndose a las de su escolta, les ordenó:

—Lleváoslas y ellas mismas, estoy segura, voluntariamente lo dirán.

Robert fue un testigo oculto de lo que allí había pasado.

Sabía los métodos que utilizaba Helen, de su ensañamiento, y temió por Ethel y Eleonor.

Decididamente las libraría de la tortura, de la fiereza que en aquellos momentos se apoderaba de aquella mujer.

Le vino a la mente la forma tan despiadada como se comportó con aquella joven maniatada.

Salió de su escondrijo cuando el camarote quedó en solitario y a prudente distancia siguió la comitiva formada por las cinco mujeres.

Se introdujeron en el alojamiento donde estaba situado el puesto de mando de Helen.

Sabía ya dónde estaban, por lo que decidió utilizar el sistema de aire para espiar lo que allí podía producirse.

CAPITULO XI

Robert Gold, en principio creyó acertar en lo que les iba a ocurrir a las dos muchachas que estaban bajo su responsabilidad, tanto moral como profesionalmente.

En efecto, Ethel y Eleonor estaban sujetas en sendos sillones extensibles por unos anchos anillos en tobillos, muñecas y cuello.

En sus cabezas tenían aplicados unos electrodos y Helen, con aire de superioridad, les estaba diciendo:

—Aunque la Gran Belia me recomendó manteneros integras, no dudaré en destruiros, como tengo mis razones de hacerlo con ella, si no me decís o averiguo quién os visitó y lo que habéis hablado.

Hizo una pausa y continuó:

—Ante vosotras y en esta pantalla, irán apareciendo los rostros de los hombres que tengo registrados y con su numeración correspondiente, que es a la que responden y obedecen. Os prevengo que aunque digáis lo contrario de la realidad, el detector registrará vuestra mentira.

Comenzaron a aparecer rostros de muchachos jóvenes en la pantalla que había señalado Helen, quien, de forma invariable, preguntaba:

—¿Le conocéis?

Las negativas se sucedían, tras las cuales las comprobaba con la gráfica del detector, que permanecía inalterable.

Por último apareció un rostro que llevaba consigo el número 2.101 y la letra Z.

La respuesta a su pregunta, fue la misma, unánime negativa de las dos muchachas y la gráfica, sin que en ella se produjera alteración alguna.

A Robert, que estaba presenciando el proceso desde su oculto lugar, le dio un vuelco el corazón cuando apareció aquel rostro que recordaba tan bien y más, que todo por el número y letra que él usurpaba.

Parecía que la cosa iba a quedar así, cuando Helen, luego de

quedar unos momentos pensativa, presionó un resorte y quedó al descubierto un espacio secreto en la mesa.

Tanto Ethel como Eleonor y las dos muchachas de la escolta, no pudieron ver aquello por estar de espaldas al lugar que ocupaba Helen.

Pero Robert se hallaba tras Helen y en un plano superior y pudo darse perfecta cuenta de todos sus manejos.

Estuvo buscando un instante y extrajo una fotografía, que estuvo contemplando recreativamente.

Robert la pudo ver también con toda nitidez.

Sus ojos se agradaron, la indignación le ahogaba y todo ello suscitado por lo plasmado en aquella cartulina.

¡La fotografía era de él y de Helen en una posición... determinada, y con ausencia de ropas...!

Con la velocidad del rayo le vino a la mente las palabras de Helen luego de aquel acto, y comprendió su significado, así como que hizo tarde al tomar precauciones después de descubrir el objetivo escondido.

Encolerizado, se preguntó:

—¿Será capaz de...?

Y claro que lo fue, pero tuvo la delicadeza de que en la proyección únicamente apareciera su rostro, ocultando lo demás del conjunto.

Hizo la correspondiente pregunta:

—¿Le conocéis?

Robert contuvo la respiración para oír mejor la respuesta que podían dar.

Las muchachas, en principio, dudaron un poco y esto fue lo que les delató ante Helen.

Ethel contestó dubitativa:

—Pues... sí, podría ser éste. ¿No te parece, Eleonor?

—No estoy segura, pero puede que fuera...

Helen preguntó ahora con sequedad:

—¿Cuántas veces ha estado con vosotras?

—Únicamente la vez ésa… —contestó Ethel.

Helen, ya con el furor reflejado de nuevo en su rostro, les gritó:

—¡Mentira, mentira, asquerosas embusteras…!

Y arrancando con furia la gráfica del detector, se la plantó materialmente ante la cara de Ethel, a tiempo que le decía fuera de sí:

—¡Mira, embustera…!

Y luego, en transición, prosiguió:

—Tienes la cara muy bonita y el tipo nada despreciable… Pero yo te prometo que poca cosa quedará de ti luego que te haya entregado a las Mentes para que sacien los instintos que les ordenaré… Y a tu compañera de embustes, le vendrá a suceder igual. Así aprenderéis a no mentir.

Luego se calmó un poco, para manifestarles:

—De vosotras dependerá que cumpla la amenaza, simplemente a cambio de que me digáis cuántas veces ha estado con vosotras, qué habéis hecho y hablado.

Como era de esperar, tanto Ethel, al igual que Eleonor, guardaron silencio.

Helen se desesperó:

—No contestáis? ¿Preferís lo otro…? ¡Pues prestad atención a la pantalla!

Accionó una palanca y llamó, a tiempo que una de las tantas pantallas de aquel panel se iluminaba:

—¡Atención, Mentes! ¡Reuniros…!

Quince rostros de mirada ausente aparecieron.

Helen, dirigiéndose a las Jóvenes, les pronosticó:

—Miradlos bien… Uno a uno os irán destrozando, restando vuestra belleza y fortaleza, y vosotras mismas me pediréis que os libre de vuestro placentero tormento… Pero entonces ya será demasiado tarde y así continuaréis hasta que sucumbáis.

Mientras iba enumerando la serie de desastres que les esperaban, para intimidar a las jóvenes y le confesaran lo que deseaba saber, su atención estaba centrada celosamente en la pantalla tratando de descubrir a Robert.

Como no le veía por parte alguna y temiendo que le sucediera algo causado por la Gran Belia, comunicó:

—Mente, buscad a 2.101-Z, y luego, permaneced todos donde estáis. Os prometo llevaros un regalo para vuestro entretenimiento.

Y dijo estas últimas palabras mirando significativamente a las prisioneras, conminándolas:

—Es vuestra última oportunidad. O decís lo que sabéis o seréis entregadas a esos jóvenes para su diversión.

El mutismo persistía en ellas y Helen, ya cansada de palabras, ordenó a las de su escolta:

—Soltadlas y traedlas conmigo al alojamiento de las Mentes. Los muchachos también tienen derecho a pasarlo bien y más con mojigatas de esta clase.

Cuando quedó solitario aquel lugar, Robert saltó de su escondite al suelo, presionó aquel resorte y en primer plano se encontró con la fotografía que Helen exhibió únicamente su rostro y que fue hecha en el preciso momento que ella se le entregó.

Se la guardó para destruirla posteriormente. Siguió mirando, y allí había varios documentos interesantes, planos y rutas para llegar al campamento, instalaciones y defensas del mismo, así como horarios adecuados de entrada.

Había otros más relacionados con la organización, planes encaminados a alcanzar el poder total del planeta.

Todo ello lo consideró muy interesante, por lo que procedió a ocultarlo en el sistema de ventilación para hacer uso de los documentos en el momento apropiado.

Con sumo esfuerzo logró llevar de nuevo al sistema de ventilación para dirigirse rápidamente al alojamiento de los muchachos. Hubiera podido salir por la puerta, pero estaba seguro de que permanecería vigilada.

Iba a saltar al pasillo, cuando oyó pasos. Eran dos de los muchachos que iban en su busca.

Les llamó:

—¡Eh, vosotros...!

Se pararon junto a la rejilla.

—¿Hay alguien por ahí fuera?

—No, excepto nosotros.

—Bien, voy a salir y me lleváis junto a los demás. Ha llegado el momento de actuar.

Una vez en el pasillo con ellos y colocada de nuevo la rejilla en su sitio, les dijo:

—En marcha. La pobre Helen se va a llevar una gran sorpresa.

Con actitud de robots hicieron acto de presencia en la asamblea convocada por Helen.

Esta, al verle, le preguntó:

—¿Por qué no me has obedecido?

Robert quedó en silencio en su papel de controlado.

—¡Vosotras...! Es éste el hombre con quien os entrevistabais, ¿no?

Ethel y Eleonor se volvieron con toda tranquilidad para descubrir a Robert en medio de aquellos dos muchachos.

Quedaron calladas.

—Os he hecho una pregunta. ¡Contestad!

Fue Ethel quien ante una señal de Robert, se irguió y manifestó:

—Sí, es él.

—¿Qué habéis hecho o hablado?

—Eso no te importa.

—Conque altanera y todo... No te encuentras en una posición muy adecuada para ello...! Contestad a lo que os he preguntado!

Silencio absoluto por parte de ellas y Helen, exasperada, gritó:

—¡Ya estoy harta de vosotras! ¡Entregadlas a las Mentes!

Las dos de la escolta las empujaron hacia el grupo de jóvenes, los cuales ni se movieron de su sitio.

Mientras, por señas, Robert les indicó a sus dos compañeros que cerraran la puerta de acceso a la estancia.

Helen, extrañada por aquella pasividad, casi chilló:

—¿No me habéis oído? ¡Desnudadlas! Quiero ver con mis propios ojos…

Le interrumpió Robert, considerando llegado el momento de intervenir:

—No te empeñes, Helen. Tus maléficos poderes han llegado a su fin.

Ella se volvió con brusquedad, con los ojos muy abiertos que parecían iban a saltarle de sus cuencas.

—¿Qué dices, insensato? ¡Estáis en mi poder, os destruiré en cuanto se me antoje…!

—Yo nunca lo he estado y en cuanto a los demás, tampoco lo están.

—¿Qué tú…? ¡No es verdad, no lo es…! ¡La maldita Gran Belia te ha controlado…! ¡Mentes, apresadle…!

Con gran estupor comprobó que nadie se movía y con desesperación iracunda, gritó a las de su escolta:

—¡Vosotras…! ¡Pulverizadlos a todos, a todos…!

Pero no les dieron tiempo a hacer uso de sus armas, puesto que unos muchachos las habían sujetado y desposeído de las mismas.

Helen, como loca, dio media vuelta para salir de allí, mas se encontró con el camino interceptado.

Robert Gold, con tranquilidad, le manifestó:

—Convéncete de que ya no tienes nada que hacer, más que responder de tus crímenes,

Helen quedó aterrada, pero reaccionó al momento:

—No lograréis salir de aquí. ¡Mi guardia os aniquilará…!

—Tú misma te vas a convencer de lo contrario. Y dirigiéndose a

Ethel, le manifestó:

—Ven conmigo, Eleonor, hazte cargo de ellas, y vosotros, muchachos, cuando os avise venís por las demás.

—De acuerdo.

Helen, con estupor, vio cómo Robert desprendía la rejilla de ventilación y cómo se introducía en aquel espacio seguido de la misma Ethel.

Se dirigieron al puesto de mando de Helen.

Una vez allí le manifestó a Ethel, a tiempo que le mostraba unos papeles:

—Como ves, he hallado suficiente documentación que condena sus actividades, pero nos resta destruir el campamento y antes de todo, apoderarnos por completo de la "tetranao". Así que ahora llamarás a las que están de centinelas en la puerta y...

En efecto, Ethel las hizo pasar bajo el pretexto de que las requería su jefe.

Se extrañaron un poco, pero obedecieron y nada más penetrar en la estancia, Robert se encargó de una de ellas y ayudó a Ethel para reducir a la otra.

—Ahora, Ethel, ponte el uniforme de una de ellas, el que más te acomode, y te vas a la cabina de pilotos para hacerte cargo de la navegación. Hay dos, le dices a una que vas en su sustitución, que venga aquí. De la otra ya te encargarás tú.

—Conforme.

Robert se volvió de espaldas mientras su compañera procedía a cambiar sus ropas.

Una vez hecho esto, el mismo Robert le indicó:

—Este es el camino a seguir. Mira por la pantalla la configuración de la cabina y a las dos pilotos.

Ethel se hizo cargo de cómo debía de actuar.

—Pues adelante, yo seguiré los acontecimientos desde aquí. Si es preciso, no dudes en usar el arma y si el caso lo requiere, acudiré en tu ayuda. Cuídate mucho, querida y suerte.

Todo salió tal como lo había planeado, aunque Ethel tuvo alguna dificultad en la detención de la que en aquel momento pilotaba la nave, pero gracias a su destreza logró maniatarla.

Robert, a través de la pantalla, la felicitó:

—Buen trabajo, querida. Pon rumbo al campamento.

—De acuerdo.

Quedaba por resolver el problema de las componentes de la guardia de Helen y las muchachas controladas que también se encontraban a bordo.

Para la reducción de las primeras, ordenó a los muchachos que irrumpieran en el alojamiento de ellas y las desarmaran.

Para las segundas, las controladas, para mayor seguridad hizo que se personara allí Eleonor y que llevara consigo a Helen.

Cuando estuvieron frente a él, Robert le indicó:

—Eleonor, necesito que comuniques a las controladas que no se muevan de su alojamiento.

Accionó el interruptor, se iluminó una pantalla en la que aparecieron varios rostros femeninos con mirada ausente.

Le dio un papel escrito a Eleonor, haciéndole la indicación de que hablara:

—Mentes femeninas, permaneced en vuestros alojamiento.

Se las vio inclinar la cabeza afirmativamente.

Helen se quedó estupefacta por cuanto había descubierto Robert y en un momento de descuido, se volcó hacia la mesa gritando:

—¡Traidor...! ¡No te saldrás con tus propósitos...!

Y presionó un resorte, produciéndose acto seguido una explosión que les hizo rodar por el suelo a Eleonor y a Robert.

Pasados los primeros momentos de aturdimiento, vio a Helen que yacía sobre la mesa, ensangrentada, y el departamento aquel secreto todo destrozado a consecuencia de la explosión.

Se aproximó a ella, la volvió de cara y sus ojos permanecían abiertos con el odio reflejados en ellos y sin vida.

CAPITULO XII

Robert Gold no tuvo un momento de descanso.

Lo primero que hizo fue liberar al grupo de muchachas robots que había a bordo de la "tetranao", las cuales le patentizaron su agradecimiento, y ellas, muy gustosas se encargaron de la vigilancia de las adictas a la fallecida Helen.

Luego convocó a los muchachos, a los que expuso sus propósitos de ir al campamento.

Unánimemente se unieron a él, patentizando con ello la confianza que les merecía.

Posteriormente se fue a la cabina de pilotos donde se encontraban Ethel y Eleonor.

Dirigiéndose a las dos, les manifestó:

—Es conveniente llegar al campamento en noche cerrada, de este modo no suscitaremos sospechas. No olvidéis la contraseña a mitad del túnel de acceso. Y en cuanto lleguemos al campamento...

Les fue dando instrucciones de lo que tenían que hacer, para luego marcharse a ultimar los preparativos.

El momento había llegado y así se lo ordenó a las muchachas:

—Ethel y Eleonor, emerger la "tetranao" para volar hacia el túnel de acceso,

Nuevamente navegaban por el aire tachonado de estrellas, para momentos después tomar tierra frente al túnel.

Las muchachas conectaron el sistema móvil de tierra y diestramente dirigida por Ethel, se introdujeron en la "boca de lobo", en cuyo extremo les aguardaba el triunfo o el fracaso, lo que equivalía a ser la vida o la muerte...

A mitad del túnel hallaron el sutil velo que lo interceptaba y que al efectuar los destellos convenidos, fue desapareciendo para dejarles el campo libre.

Robert dio un respiro de alivio. Por ahora iban bien las cosas.

Fueron a desembocar en una amplia explanada circundada por varios edificios.

La voluminosa "tetranao", lentamente fue dirigiéndose a donde estaban situados los hangares, en cuya entrada se detuvieron.

Allí se hallaban cuatro hombres jóvenes y dos muchachas, todos ellos controlados, montando guardia.

Esto podía representar un obstáculo para sus planes, pues aunque lo imaginaba, ignoraba por completo las órdenes que tenían.

Decidió jugárselo todo a una sola carta.

Llamó a Ethel, que abandonó la cabina y fue a reunirse con Robert en el puesto de mando de la "tetranao".

—Mira, voy a establecer la frecuencia de control y les ordenas a los que están de centinelas, que vengan a bordo para descargar material. ¿Entendido?

La joven afirmó con la cabeza.

—¡Ahora...!

—"Mentes", los que estáis de centinelas, venid a bordo para retirar el material.

Aquellos seres se pusieron en movimiento, con sus pasos pausados, y subieron a la nave.

Tan pronto estuvieron dentro, fueron desarmados y reducidos.

Robert Gold ordenó la sustitución por cuatro muchachos y dos muchachas "liberados" para ocupar los puestos de centinelas.

—En caso de algo anormal, hacéis uso de las señales. A vuestros puestos.

La señal convenida era simplemente tres destellos rojos.

A siete de los muchachos "liberados" les dejó al servicio de los cañones de a bordo y los cuatro que quedaban libres, se los llevó con él.

La oscuridad reinante les facilitaría mucho el camino. Todos ellos iban bien provistos de cargas, similares a las utilizadas en la Base de Lepsina.

Se dirigieron al primer pabellón que les cogía más cerca.

Robert comprobó que aquello era una especie de almacén donde se acumulaban infinidad de bultos.

Hizo colocar unos cuantos explosivos, para dirigirse luego al inmediato.

Se trataba del pabellón donde se efectuaban las operaciones para controlar a los infelices que caían en sus manos.

Robert forzó la entrada y dejando a uno de guardia, con los restantes, distribuyó las cargas convenientemente.

Pasaron a otro edificio, era en el que internaban a los "operados", para su entrenamiento definitivo y estaba ocupado por jóvenes de ambos sexos, todos ellos inconscientes en sus respectivos lechos.

Ahí no colocaron ningún elemento destructor. Pasaron a otro.

Por el plano que halló en los documentos secretos de Helen, sabía que aquel pabellón era ocupado por los que llevaban el trabajo diabólico de la trasformación de una persona normal en robots capaces de cometer las mayores atrocidades, las que se les ordenara.

Luego que tuvieron listo su trabajo, se encaminaron a lo que representaba mayor dificultad, el pabellón de control, comunicaciones, defensa y alarma.

Este era el único edificio iluminado, por lo que pudo ver Robert que la guardia la efectuaban muchachas vestidas como las adictas a Helen y por lo tanto, no controladas.

El llegar hasta allí sin ser descubiertos, era más que imposible y el producir una alarma no le interesaba hasta tener los cabos bien atados.

Desde donde estaban agazapados, vieron una luz oscilante que avanzaba y posteriormente oyeron pasos.

Se trataba de un grupo formado por cuatro hombres robots que llevaban algo en las manos y al mando de ellos una joven adicta llevando la luz.

En pocas palabras, Robert les explicó lo que tenían que hacer.

La comitiva pasó muy cerca de ellos. Robert, con un salto

magistral, se lanzó contra la chica a quien tapó la boca para que no diera ningún grito de alarma, a tiempo que rodaban por el suelo a consecuencia del impulso.

Los otros muchachos, cada uno se encargó de un hombre robot,

La sorpresa dejó paralizada a la joven portadora de la luz, pero reaccionando pretendió morder la mano de Robert y lo hizo.

Este sabía que si le dejaba la boca libre, la alarma cundiría inmediatamente, por lo que resistiendo el dolor que le producía la mordedura de aquella "víbora" que se revolvía de forma endiablada, con la mano libre pudo aplicarle un golpe maestro que la dejó sin sentido.

Con ella cargada en el hombro y los cuatro robots maniatados por sus muchachos, fueron al pabellón de los internados donde les dejaron a buen recaudo.

Luego hizo venir a Eleonor, quien se puso al frente de ellos y a partir de donde efectuaron el asalto encendió la luz, llevando cuatro de ellos aquellas bandejas tapadas y Robert, aunque sin bandeja, cerraba la comitiva con algo tapado en sus manos.

Fueron caminando; Eleonor indiferente llevando la luz y tras ella los cinco hombres con pasos de mentes controladas.

Penetraron en el interior del edificio, subieron cinco escalones, para desembocar a una sala circular llena de aparatos electrónicos y de pantallas a las que atendían una docena de muchachas adictas.

Una de ellas, la que parecía la jefa, se dirigió a Eleonor para recriminarle:

—Has tardado mucho en traer los alimentos. ¿Qué te ha pasado que la luz se ha apagado?

—Me he caído al tropezar —comentó con naturalidad Eleonor, que permanecía a la entrada y en un lugar no muy iluminado.

Pero la jefa debió sospechar algo, puesto que con rapidez presionó un resorte allí en el tablero y la puerta de entrada se bloqueó, al tiempo que toda la explanada se iluminaba y un sonido estridente se dejaba oír.

La jefa preguntó:

—¿Quién eres tú...?

Robert no esperó más. De su envoltorio sacó el arma y los demás muchachos empuñaron la suya que llevaban oculta en sus respectivas bandejas.

Fue el mismo Robert quien respondió:

—El nombre no te va a decir nada. Lo que importa en estos momentos es que si quieres conservar tu vida y la de tus compañeras, anula la alarma inmediatamente. ¡Rápido!

La jefa quedó paralizada por la actitud de aquellos muchachos, que creyó controlados, y por la firmeza de la voz de Robert.

Pero obedeció sumisa. Presionó otra vez el resorte, la explanada volvió a la oscuridad, la alarma dejó de sonar y la puerta de acceso quedó libre.

Más en una pantalla apareció el rostro desencajado de la Gran Belia, que preguntaba:

—¡Control, control...! ¿Qué pasa?

Por señas Robert le indicó a la jefe que contestara que nada, y así lo hizo:

—Una falsa alarma, Gran Belia. No pasa nada..., por ahora.

Lo añadido en último término, lo de "por ahora", a Robert le sonó como contraseña y no se equivocó.

Con rapidez, con expresión de fiereza, la jefe se volvió empuñando un arma.

Robert se tumbó en el suelo al tiempo que su arma vomitaba una lengua de fuego, sonaba un estampido y la jefa se desplomaba sin poder hacer uso de la que empuñaba.

Sonaron tres estampidos más. Uno de sus muchachos yacía en el suelo y dos muchachas adictas sucumbieron a los disparos de Eleonor y Robert.

Las demás depusieron las armas.

El muchacho estaba herido levemente y Robert ordenó:

—¡Rápido, maniatadlas, y tú, Eleonor, condúcelas al pabellón con los demás! Vosotras, colocad las cargas y venid conmigo. Hay que atrapar a la Gran Belia.

Robert, corriendo y seguido por los demás, se dirigió al alojamiento que ocupaba el cerebro maquiavélico de aquella organización.

Entraron en la estancia. Estaba vacía.

Entonces Robert se acordó que aquella mujer había mencionado una salida secreta en la conversación que mantuvo con Helen.

Con desesperación se puso a buscar y por fin halló un acceso que daba a una rampa.

La descendió con rapidez, desembocando a un cobertizo. Oyó, antes de llegar, el rumor de motores.

Se asomó al exterior y pudo descubrir un pequeño vehículo que se dirigía a la "tetranao" de la que él se había apoderado.

Los centinelas que tenía apostados dieron la señal, pero no pudieron evitar que aquel vehículo desapareciera en el interior de la "tetranao".

En veloz carrera se dirigió a la nave. Ethel estaba a cargo de la misma y a buen seguro desconocía aquel acceso secreto.

Subió a bordo, encaminándose hacia lo que era el puesto de mando de Helen, pero no entró por la puerta, sino por el sistema de ventilación.

Lo que se imaginó, estaba ocurriendo.

Aquella Gran Belia parecía una poseída del diablo. Luchaba con Ethel a brazo partido, sus ojos despedían chispas, su boca parecía las fauces de cualquier felino rabioso, con espuma y todo, y su piel había subido de tonalidad con un azul oscuro, casi negro.

Ethel le daba buena réplica, pero aquella mujer o lo que fuera, tenía una fortaleza insospechada.

Saltó de su escondrijo y le conminó:

—¡Quieta o disparo!

Se volvió con una rapidez inusitada y arremetió contra Robert, sin darle tiempo a hacer uso de su arma.

Rodaron por el suelo. La fuerza de aquella mujer era la de un hombre, se zafaba y devolvía los golpes, pero Robert era más rápido y contundente.

En una de las veces, Robert le arrancó aquella trompetilla que llevaba sobre los senos.

A partir de entonces, su fortaleza decayó, dando muestras de ahogo.

Viéndose acorralada y en un descuido, cogió a Ethel para utilizarla como escudo, diciendo roncamente:

—¡Si das un paso más, la desnuco...!

Y fue retrocediendo hacia una puerta.

Robert se quedó inmóvil. No dudaba que llevaría a efecto su amenaza por la forma que tenía asida a Ethel y por la fortaleza que había demostrado.

Cuando aquella fiera de mujer traspasó la puerta, dio un empujón a Ethel para mandarla despedida hacia los brazos de Robert, que la contuvo en su carrera.

Antes de cerrar, todavía se le oyó:

—¡Moriréis todos, todos...!

Robert trató de forzar la puerta sin lograr abrirla.

Se dirigió al exterior con Ethel detrás y vio aquel vehículo que se dirigía a toda velocidad hacia el edificio de control.

Cuando esperaba que se detuviera para introducirse en el mismo, estrepitosamente el vehículo chocó contra el pabellón de control.

Lo que sucedió a continuación, parecía el fin del mundo.

Por efecto del choque, el vehículo estalló, en consecuencia, los explosivos colocados entraron en acción y el edificio voló por los aires, así como los otros que fueron minados.

* * *

El último reducto que quedaba de aquellos seres desalmados, era el Steel Club, que fue desmantelado y todos los implicados detenidos.

En el despacho del jefe supremo del Departamento de Alta Seguridad, se encontraban Robert Gold, Ethel Anson, Eleonor Landis y el superior inmediato a ellos.

El jefe supremo les dijo:

—Es una satisfacción para mí el poder contar con personal como ustedes que saben cumplir sencillamente con su deber. Gracias a su intervención, particularmente la del coronel Robert Gold, se ha desmembrado la organización más diabólica del siglo. Mi enhorabuena.

Así de sencillo, calladamente, Robert alcanzaba un ascenso en compensación a su valía.

Más tarde, se hallaban en una confortable villa, aislada por completo para no ser molestados y disfrutando de su felicidad y un merecido descanso.

En el alojamiento, se encontraban Robert y Ethel estrechamente saboreando su amor, gozando de las delicias de su reciente matrimonio.

Algo llamó la atención de Robert al oír un sonido desusado y descubrir un enorme objetivo.

Se separó bruscamente de Ethel, se fue hacia donde había procedido el ruido y separó un ramo de flores que medio lo cubría.

Allí encontró una nota que decía:

> "Como mi ansiedad es extrema en aprender y no puedo ver, ni oír, ni hablar, quiero saber el final”
>
> "Eleonor."

Robert soltó la carcajada y le dio la nota a Ethel.

Ambos rieron felices por la última travesura de la amiga.

FIN